# Extremadura

## Tierra de leyendas

César García González

## INTRODUCCIÓN.-

Parece obligado que, antes de adentrarnos en la lectura de unos escritos que van precedidos del título que llevan estos romances, hagamos una breve reflexión sobre lo que vienen a decir o lo que pretenden contar, por eso he recurrido a la vieja fórmula de buscar la ilustración en el diccionario, que, para la voz *"leyenda"* da dos acepciones. Por una parte habla de *"relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos."* Añadiendo a continuación que también es leyenda la *"composición poética de alguna extensión en que se narra un suceso de esta clase."*

Ambas definiciones vienen al caso, pues lo que sigue responde a lo que señala el diccionario, tanto en la forma, como en el fondo, es decir que, con base en un suceso histórico o un acontecimiento cualquiera, la fantasía popular va transmitiendo de boca en boca sus peculiaridades hasta transformarlo en una leyenda y si este suceso o acontecimiento se presenta en forma de romance, que no deja de ser una composición poética, tenemos completa la referencia que de la voz *"leyenda"* da nuestra R.A.E

Por otra parte, se da con cierta frecuencia que un suceso acaecido en una determinada localidad, sea trasladado a otra como si realmente hubiese allí sucedido. De este modo se dan leyendas muy similares en distintas localidades, regiones e incluso países. Este hecho, combinado con el acendrado sentido de la propiedad que solemos tener los humanos en cualquier parte del planeta, hace que cada uno nos creamos poseedores en exclusiva del tal o cual historia y que, por tanto, ha sucedido en nuestro entorno y sólo a nuestro acervo cultural pertenece, tildando de copias, aprovechamiento indebido o de falacias otras versiones de la misma leyenda por otros pagos acaecidas y a lo largo del tiempo narradas.

Pero la tendencia a fantasear sobre hechos reales, dando lugar a las más variopintas versiones de un suceso no es patrimonio de nuestros antecesores; pues, a fecha de hoy ¿No es cierto que existen muchas ciudades por las que deambula un mendigo más o menos peculiar del que se cuentan distintas historias? Cirujano que dejó morir a su propio hijo en una intervención y se desquició... Filósofo eminente que llegó a la conclusión vital del desprecio por las cosas materiales... Ciudadano normal al que le tocó un premio gordísimo en la lotería y posteriormente se arruinó, etc. etc. etc. Todas estas historias sin duda podrían ser calificadas como leyendas urbanas o contemporáneas y en ellas se da el fenómeno señalado de la traslación de unos lugares a otros, cuando no, que también es posible, la invención simultánea.

En todo caso, y volviendo a las leyendas que podríamos calificar de tradicionales (por contraponerlas a las citadas como contemporáneas) es cierto que el encanto de la mayor parte de ellas reside en su transmisión oral y en las deformaciones o nuevas formaciones que se van produciendo con el devenir del tiempo; pero también lo es que la sola transmisión oral ha dado lugar a que muchas se hayan perdido con el paso de los años, de tal manera que se haga necesario un ingente trabajo de búsqueda en la memoria de los más veteranos de cada lugar, que se acuerdan vagamente de historias que les contaron siendo niños, ya que lamentablemente en los tiempos actuales se cuentan muy pocas historias, que han sido sustituidas por el cine y la televisión.

Tres son las formas en las que las leyendas llegan hasta nuestros días, según explica D. José Sendín Blázquez, persona vinculada a la Ciudad de Plasencia como Canónigo de su Catedral durante muchos años.

La primera de ellas es merced a los grandes autores, que han tomado lo en alguna de ellas narrado y lo han inmortalizado en sus obras que han quedado para la posteridad a través del estudio y el conocimiento de muchas gentes. Tal han hecho los Lope de Vega, Cervantes, Calderón, Tirso de Molina, el Duque de Rivas, Espronceda, y ya, más cerca de nosotros García Lorca o Menéndez Pelayo.

En segundo lugar, algunas personas de menos campanillas, pero no de menos mérito que los autores citados, y en todo caso más próximas a los lugares de nacimiento de estas leyendas, se han ocupado de ponerlas por escrito en diversos ensayos, narraciones u obras literarias de toda índole, lo que ha permitido que un contingente importante de leyendas llegue hasta nosotros. Así sucede en Extremadura y más concretamente en la ciudad de Cáceres con el legado de García Plata de Osma, Publio Hurtado, el Conde de Canilleros, Tomás Martín Gil, Valeriano Gutiérrez Macías y el propio José Sendín.

Finalmente, y de ello se han ocupado los ya citados, además de otras muchas personas que permanecerán en el anonimato, otras muchas leyendas han tenido que ser extraídas directamente de los labios de los más ancianos de cada lugar, que las conocen tal como se las han narrado, con más o menos variaciones en función de la imaginación de cada una de las generaciones por las que han discurrido.

En cualquier caso, nuestra región, nuestras ciudades, villas y pueblos, atesoran un pasado rico en historia, pues no en vano han sido habitados por gentes de toda clase, raza, religión y costumbres, lo que ha dado lugar en numerosas ocasiones a enfrentamientos, guerras y conflictos en los que se han puesto de manifiesto la valentía de unos, la traición de otros, la astucia de aquellos y la estupidez de estos. Todo ello, debidamente aderezado por la imaginación popular ha supuesto que acciones heroicas y lances amorosos de toda clase y condición adornen de forma masiva nuestro acervo cultural con gran cantidad de leyendas o sucedidos de la más variada especie.

A continuación se presenta una colección de leyendas que tienen en común el desarrollarse en una época determinada y teniendo como escenario tierras y villas de Extremadura, al recopilarlas mi ánimo ha sido, más que entretener o divertir, cosa que si se ha logrado bienvenida sea, tratar de generar una inquietud, descubrir una pasión y transmitirla. Que uno de los posibles lectores se interese primero y se entusiasme después con las leyendas extremeñas, habrá colmado todas las aspiraciones de lo que he pretendido al escribirlas.

## El Cristo de los Milagros

La Cofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, que fuera fundada en 1464, tenía entre sus fines la asistencia, así material, como espiritual, a los menesterosos y a los reos que no tenían posibilidades de sufragar los gastos de su propio sepelio. Cuando se producían ejecuciones, se formaba una procesión presidida por un hermano encapuchado que portaba una Imagen de Cristo Crucificado bajo cuya intercesión se dispensaba a los condenados el auxilio espiritual que necesitaban.

Cerro de Peña Redonda,
lugar de ajusticiamiento,
donde yace el sentimiento
de que triste muerte ronda
el patíbulo sangriento.

Lugar tan de negra fama
que oscurece hasta su cielo.
Negro fin y negro duelo
que negro dolor inflama
tiñendo de sangre el suelo.

Cuenta la historia que un día
dos muchachos condenados
hasta el Cerro son llevados
y allí, por la argolla fría
del garrote son pasados.

Busca la Justicia muerte
y aplicarla con sus ritos.
Mas... Los jóvenes proscritos
¿Se merecen esa suerte
Por incurrir en delitos?

Es de antaño tradición
que un Cristo Crucificado,
por cofrades transportado,
presida la ejecución
en el Cerro malhadado.

Y así es en esta ocasión,
llega el Cristo de la mano
de un encapuchado hermano
que inicia la procesión
hacia el castigo inhumano.

El verdugo ya ha ajustado
cada tornillo y correa.

Para que no se le vea
se trae el rostro tapado.
La palanca manosea
y su furtiva mirada
no se detiene un momento.
Sus ojos son un lamento,
una oración angustiada
llena de arrepentimiento.

Presta está la ejecución,
y del Cristo con un beso
se despide cada preso,
el dolor de la emoción
en su rostro queda impreso.

Pero en un momento dado,
cunden miedo y estupor
porque el gesto del dolor
de uno y otro condenado
se vuelve expresión de amor
al saber que es Cristo mismo
quien sus cuerpos ha soltado,
los tornillos han saltado
y aquel frío y negro abismo
ante sus pies se ha cerrado.

Al ver burlada la muerte
han contenido el aliento,
la emoción de ese momento
es tan intensa y tan fuerte
que transmite el sentimiento
de que un milagro se ha obrado,
de que el Cristo no consiente
que ningún niño inconsciente
así sea condenado
y por tal se hace presente.

Mas vuelven a ser atados
y presos en el garrote,
de la justicia el azote
tiene que ser aplicado
y que así el mundo lo note.

Y el Cristo se hace sentir
en su imponente presencia.
Y cuantas veces la ciencia
del verdugo en infligir
a los nudos consistencia
se va haciendo más patente,

así el Cristo los desata,
que la justicia no mata
si Dios vivo está presente
y su voluntad acata.

Cuantos en el Cerro son
así quedan convencidos,
que los sucesos habidos
darán más de una ocasión
para contados y oídos.

Y así viene sucediendo,
este milagro narrado
al Cristo nombre ha dejado
y aún hoy, se sigue viendo
que este Cristo así nombrado
hace milagros a quien
exponiéndole un lamento,
un gozo o un sufrimiento
sin esperar ningún bien
le reza con sentimiento.

Fuente:

Archivo documental de la Parroquia de Santiago de Cáceres.

## EL ESCUDO “MALDONADO”

La tenacidad, unida a la astucia y a la experiencia, puede llegar a conseguir cumplida justicia para reparar agravios sufridos. Determinados hechos pueden alcanzar tal trascendencia que, además de modificar estirpes y blasones, se convierten en tan notables sucesos como para ser narrados y oídos por siempre.

Siendo de avanzada edad,
pues pasaba de cuarenta,
fue Don Rodrigo de Aldana
aquejado por sorpresa
de algún mal desconocido
que le arrebata las fuerzas
y a tal punto le quebrantan
esas fiebres traicioneras
que yace en lecho postrado
varias semanas enteras.
Ni físicos, ni boticas,
ni remedios de la ciencia
aciertan con la raíz
de los males que le aquejan.
Con la esperanza perdida
y con el alma ya presta
al Juicio Definitivo,
dan en su casa la nueva
de que allá, por Cataluña,
que son muy lejanas tierras,
hay una hermosa Abadía
con Virgen muy milagrera,
llamada de Montserrat,
que a quien hasta allí se llega
con fe en peregrinación
y sus males ante Ella
en oración le relata,
puede ir haciéndose cuenta
de que allí será sanado
de los males que padezca.
Y parece que es lo cierto;
pues de ello se hacen lenguas
los que han tenido ocasión
de pisar la ermita aquella.
Y no son sólo beatos

las gentes que así lo cuentan

Al saberlo, Don Rodrigo
de una parte considera
que es escasa la esperanza
de vida que ya le queda
y, de otra, que su fe
en la Virgen es inmensa.
Así pues, rápidamente
se dispone que una austera
equipación de viaje
se organice y que le tiendan,
lo más cómodo posible,
en sencilla parihuela
tirada por dos corceles
con la necesaria fuerza.
Es fácil imaginar
que tan dilatadas leguas
hacen muy duro el viaje
por las tortuosas sendas.
Mas al fin, todo se acaba
y en Montserrat se presenta
en día de Jubileo
en el que hay Misa de ofrendas.
De gentes de todas partes
está la ermita repleta,
a Don Rodrigo acomodan
tendido en una litera
para hacer sus rogativas.
Y tan poco espacio queda
que un osado mozalbete
se encarama a la litera
de Don Rodrigo y desgarra
la ropa con sus espuelas.
Ante tal atrevimiento,
si bien con menguada fuerza,
con suficiente energía
el de Aldana le golpea
en el suyo con su pie
y su conducta le afea:
- ¡Osado sois, jovencito!
Que así tomáis como vuestra
esta cama que es de otro
sin solicitar licencia. -
- ¡Callad, viejo mutilado! -
Le dio el joven por respuesta.
- Y no os las tengáis conmigo,
ya que soy de estirpe regia
y no bajo a discutir

con los de sangre plebeya. -
Y dicho esto se fue.
Quedó con la boca abierta
el Caballero de Aldana;
pues nunca tamaña ofensa
tendría por admitida
sin ajustarle las cuentas,
así fuera el mismo Rey,
el que tal cosa dijera.

Fue, quizás, la intervención
de la Virgen milagrera,
o fue, quizás, el deseo
de lavar su fama lesa,
el caso es que se curó
y averiguaciones hechas
diéronle conocimiento
que el mozo de estirpe regia
del Rey de Francia era hijo,
por tal Alteza Heredera
del Trono de la vecina
y altiva nación francesa.
Como los cánones mandan,
toma el de Aldana la senda
que le lleva hasta Toledo,
donde a la sazón se encuentra
La Corte del Rey Alfonso
de Castilla y así llega,
sin dilación solicita
ser llevado a su presencia
para narrarle sus cuitas
y requerir su licencia
para viajar hasta Francia
y lavar allí la ofensa
que por el Delfín del Rey
en Montserrat se le hiciera.

En la ciudad de Bayona
duelo a muerte se concierta,
puesto que llevan razón
ambas partes consideran,
que sea Dios el que decida
el que viva y el que muera.
En el palenque combaten;
la juventud y la fuerza
se las tienen con la astucia
nacida de la experiencia.
Tras cruzarse varios golpes
con los que ambos se tantean,

Don Rodrigo se percata,
con su probada agudeza,
de que el mozo le acomete
con un furor que le ciega.
El del Aldana retrocede
fingiéndose fácil presa,
el francés larga la espada
y arremete tras de ella;
pero entonces, Don Rodrigo
su propio impulso aprovecha
y con un golpe certero
da con el francés en tierra.
Teniéndolo a su merced,
una estocada postrera
está dispuesto a asestar
y dar fin a la contienda.
Mas Su Majestad el Rey,
antes de que tal suceda,
manda parar el combate
y solicita clemencia
por la vida de su hijo.
Y a cambio, en recompensa
al extremeño le ofrece
títulos, honores, tierras,
cualquier cosa que le pida
será suya si dispensa
para su hijo perdón.
Don Rodrigo se lo piensa,
tras corta vacilación
le dice de esta manera:
- Las ocho flores de lis
que en vuestro escudo campean,
la gloria de vuestro Trono
y vuestro honor representan;
pues de ellas hasta cinco
han de pasar a mi emblema.
¡Tenga mi casa más flores
que Su Majestad Francesa! -
El Rey no puede negarse,
esclavo de su promesa,
con su orgullo malherido
y con una rabia intensa,
desmembrando su blasón
de las flores hace entrega;
pero dice a Don Rodrigo
ante semejante ofensa:
- **¡Je vous les donne,**
**bien qu'elles soyent "maldonnès"!** -

Y Don Rodrigo de vuelta
a sus pagos cacereños
manda que se labre en piedra
su nuevo escudo de armas
con cinco flores francesas.

Cuando el hecho se conoce
por todas partes se cuenta
la osadía del de Aldana.
Y por semejante afrenta
infligida al Rey francés,
cuando a él se hace referencia
en lugar de por su nombre
le nombran por la sentencia
que el Rey hizo sobre él
cuando acabó su querella.
El del "**MALDONADO**" escudo
como apodo se cimienta
y así se gana tal fama
que luego, su descendencia
a la postre troca el nombre,
de llamarse Aldana dejan
y ya, como **MALDONADO**,
en la historia cacereña
este linaje se inscribe
de aquel hecho en consecuencia.

**Fuente:**
Anónimo popular

## LA CASA DEL MONO

La mansión construida a finales del S. XV por el matrimonio formado por Gonzalo de Cáceres y Marina Alonso de los Nidos, debido a una escultura labrada al comienzo del pasamanos de la escalera principal, que representa a un mono encadenado, es conocida popularmente como “La Casa del Mono”.

Con el correr del tiempo, la casa fue habitada por un rico mercader y su bella y joven esposa y, precisamente el mono, es el protagonista de esta leyenda que, como otras muchas, tiene más de una versión y cada uno la cuenta según se la contaron o mejor se ajusta a su imaginación o forma de pensar.

En una bella mansión
De caprichos rodeada,
Con toda comodidad
Y sin faltarle de nada
Va pasando la existencia
De la bella Doña Blanca.
Esposa de un mercader
Que tantos negocios haya
Para que su gran fortuna
Sea por muchos envidiada,
Cualquiera necesidad
Que la bella planteara
Era presto satisfecha
Pues debido a sus quehaceres
Pasa lejos de la casa
La mayor parte del año
Y con tediosas jornadas
Se va cumpliendo la vida
De la bella Doña Blanca.
Y para mayor pesar
Y frustración más amarga
La joven y ardiente esposa
No acierta a quedar preñada
Y su maternal querencia
No puede así ser saciada.

Un buen día el mercader,
Tras ausencia prolongada,
Está de vuelta en la casa
Y sabedor de la pena
Que a su bella esposa embarga
Por no tener descendencia,
Desde tierras muy lejanas,
Que se nombran como América
En el decir de los mapas,
Un presente le ha traído
Que venga a dejar colmada

La inclinación natural
Que toda mujer reclama.
Un encantador monito,
Criatura casi humana,
De inteligente expresión
Y de ternura inflamada
Por la ausencia de su madre
Se entregó a la bella dama
Y cual verdadero vástago
Es recibido en la casa.

Por todos en la mansión
La felicidad se palpa,
Incluso llega a aumentar
Así que los días pasan.
Cualquiera de los caprichos
Que antes ella disfrutara
Son ahora para el mono.
No se le priva de nada,
Se le colma de juguetes,
Una alcoba se le instala,
Se le dispensan cuidados
Y con mimo se le trata,
Para comer se le ofrecen
Dulces y jugosas viandas
Y para dormir dispone
De su propia y tierna cama.
El monito era feliz
Y feliz era la dama
Y toda la servidumbre
Felicidad irradiaba
Que de la mansión las penas
Así fueron desterradas.

Nadie podía imaginar
Que por otra circunstancia
Pudiese aumentar el gozo
De que todos disfrutaban
Y un buen día la noticia
Por sorpresa sobresalta
A los que en la casa son,
Tanto por inesperada,
Como porque así la dicha
Quizás su máximo alcanza
Y es que después de perdida
Casi toda la esperanza
Se sabe que la señora
Ha quedado embarazada.

Pero así como no hay mal
Que por cien años durara,
Tampoco por ese tiempo
La dicha del mono es tanta;
Pues a poco de nacer
Criatura tan esperada
El mono siente que pierde
El cariño de la dama
Y la atención que le prestan
Los criados de la casa.
El centro del universo
De tan dichosa morada
No es el mono, sino el niño,
y todas las cosas cambian.
Ve el animal que la madre
De su pecho lo amamanta
Y le prodiga caricias
Que a él nunca prodigara.
Así, de rencor y celos
Ve que su pecho se inflama
Hasta que un odio feroz
Hacia la criatura humana
De tal forma lo envilece
Que un día que las criadas
Al niño pierden de vista
Cuando a su cuidado se halla,
Con toda celeridad
De su cuna lo arrebata
Y antes que nadie lo evite
Lo arroja por la ventana.
Cuando del hecho noticia
Es llegada a Doña Blanca
Toda su alegría es llanto,
Toda su dicha, desgracia
Su entero ser se consume
En deseos de venganza;
Mas el mono, que lo intuye,
Se esconde por que la dama
No llegue a ponerle mano
Y culmine su amenaza.

La madre casi enloquece,
Desesperación y rabia
Se suman a su despecho
Y su dolor no se aplaca.
Desde la misma impotencia
Que siente dentro del alma
Miles y miles de veces

Maldito al mono declara.
Y con tal fuerza lo hace
Que la maldición acaba
Por hacerse realidad.
Y en piedra quedó labrada,
Por toda la eternidad,
Junto a la puerta de entrada
Una figura de simio
Fuertemente encadenada
Al destino del infante
Cuya muerte propiciara.

---==0=0==---

Pero como se ha dicho, esta historia tiene más de una versión y quizás con ello tenga algo que ver el hecho de que la ciudad de Cáceres esté asentada sobre un importante punto de energía telúrica y parece ser que el punto concreto donde se concentra su máxima potencia es precisamente la Casa del Mono, pues en ella se dan las condiciones que, al parecer, son necesarias para ser considerada como lo que se denomina un “Lugar de Poder”, que son: Estar situado sobre una línea telúrica, tener una leyenda y que en él hayan tenido lugar prácticas de magia.

Por ello, la presencia del mono encadenado se ha venido explicando de diferentes formas. Algunas de ellas exponen, además, a qué obedecen las tres gárgolas que adornan la fachada principal de la mansión y que representan a un hombre anciano, a otro joven y a una mujer con una criatura en brazos respectivamente y todas ellas con expresiones de inauditos dolores en sus rostros.

Según esta versión de la leyenda, la mujer no quedó embarazada de su esposo, ya anciano, sino de un apuesto y joven criado. Al regresar el marido de su viaje y comprobar el engaño de su esposa, azuzó al mono para dar muerte al niño, cayendo la maldición sobre todos los implicados en los hechos petrificándolos en las gárgolas y en el pasamanos de la escalera.

Con algunas variaciones se han narrado en ocasiones estos hechos, lo que no ha venido sino a generar aún más confusión en torno a esta inquietante historia. Según algunos, el criado era un joven esclavo de raza negra y su rostro quedó petrificado en un medallón junto al mono en el arranque de la escalera, mientras que otros afirman que fue el propio mono el que poseyó a la señora de la mansión y que ese rostro de facciones simiescas que aparece junto al mono es el hijo de ambos.

Pero veamos la versión de la historia menos conocida y que, según sus defensores, más se aproxima a la verdad de lo que aconteció entre aquellos muros:

En una de las mansiones
De contrastado abolengo
Con su mujer y sus hijos
Vivía un cristiano viejo,
O al menos eso creían
Los vecinos del Concejo.

Una beldad la señora,
El hijo mayor apuesto,
Y el menor, de pocos meses,
Como su madre tan bello.
Pese a que sus apellidos
Hablaban de parentescos
Con familias de prosapia
Y de acreditados predios,
Aquel rico mercader
Era un judío converso.
Que además, con falsedad
Se declaraba profeso
De la verdadera Fe
En Cristo, Dios, Señor Nuestro.
Y así, en la soledad
De escondidos aposentos
Daba en practicar la magia
Para desvelar secretos
De cábala y brujería,
Trasteando con objetos
Que adquiría en sus viajes
Sin importarle su precio.
Entre otras muchas rarezas
De animales y de objetos
Escondía en la mansión
Un extraño prisionero:
Un mono que había traído
De allende mares extensos
Y practicaba con él
Para encontrar un proceso
Que prolongase la vida.
Y el pobre mono fue el centro
De las prácticas horribles
Y de los experimentos
Que el mercader se traía
Y de que le hacía objeto.
Así, le hacía tragar
Oro molido creyendo
Que para alcanzar sus fines
Era el adecuado medio,
Otras veces le inyectaba
Unos líquidos infectos
Que al pobre mono causaban
Unos dolores tremendos.

Hasta que un día el mono,
De dolores medio muerto,
A tal punto enloqueció
Que su odio, ya sin freno,

Hacia todos los humanos
Hizo le atacar primero
A quien de él se cuidaba
y que era un criado negro,
La señora y sus dos hijos
Cuando en sus garras cayeron
Sufrieron el mismo fin
De modo más que violento
Por fin, con el mercader
Tuvo menos miramientos
Y quitándole la vida,
Entre horribles sufrimientos
También el mono moría
Terminando su tormento.

Dentro de aquella morada
Cuando todos fueron muertos
Y antes de ser conocidos
Estos terribles sucesos
Dieron pie a la maldición
Que afectara a todos ellos
Convirtiéndolos en piedra
Cual si fuesen monumentos:
El mono fue encadenado
Junto a su criado negro
En la escalera de entrada
Como tétrico ornamento
Y en las gárgolas de fuera
Se quedaron prisioneros
El mercader y su hijo,
El adolescente apuesto,
Cada uno en una de ellas
Con atormentados gestos
Y la madre que en sus brazos
Sostiene al hijo pequeño
Quedó convertida en otra
Con expresión de lamento.

Esta historia que se cuenta
De magia y encantamientos
De telúrica energía,
Maldiciones y lamentos
Habéis de tener presente
En los años venideros
Así que os aproximéis
A este palacio altanero,
Que bien os puede afectar
Con su espíritu maléfico
Y os incite a cometer

Algún acto traicionero.
Así que debéis saber
Que vuestros conocimientos
Y la fuerza de la tierra
No debéis utilizar
Para objetivos arteros,
Ya que pueden dar lugar
A terroríficos hechos.

---==0=0==---

Fuente:
Francisco Acedo. “Paseo por la eternidad”
Antonio Rubio. “Cáceres. Ciudad histórico artística”

## La Imagen del Nazareno

Se cuenta que la Imagen del Nazareno de Santiago de los Caballeros adopta distintas expresiones en función del estado de ánimo de quien la contempla. Así, si quien ante ella ora está contento porque algún sucedido feliz se ha dado en su existencia, el Nazareno está alegre, incluso sonríe. Si, por el contrario quien ante la Imagen se postra lo hace para pedirle que le ayude en la resolución de algún difícil trance que ante sí tenga, cuando dirige su mirada al Divino Rostro, parece que la expresión de preocupación u honda tristeza del orante se refleje en la Imagen.

Sin duda obedece esta capacidad a la dualidad de sentimientos que experimentó Jesucristo en su Camino del Calvario: ¡Dolor! Inaudito y tremendo dolor, por una parte, y resignación, esperanza y paz, por la seguridad de encontrarse en el camino a la Resurrección y la Vida Eterna, por otra, y que el imaginero supo captar del rostro del anciano pariente que le sirvió de modelo.

Comenzando la centuria
está de vuelta en la villa
un aprendiz de escultor
que había marchado a Sevilla
para hacerse imaginero
en taller de nombradía.
Por un pariente cercano
su presencia es requerida;
pues es de avanzada edad
y unas fiebres padecidas
tan quebrantado le tienen
que se teme por su vida.
Al poco de haber llegado
a Cáceres el artista,
los males de su pariente
a tal punto se agudizan
que en atenderle se gasta
su ya parca economía
y a sus cuartos ponen alas
entre médico y boticas.
Pero como las desgracias
nunca solas son venidas,
a pesar de los remedios,
tras dolorosa agonía,
el anciano entrega el alma
al extinguirse sus días.
De tal forma impresionó
a nuestro joven artista
aquel dolor resignado,
aquellas manos tan frías,
aquel rostro contraído
y aquella mirada limpia
llena de esperanza y fe

en gozar de la otra vida,
que al punto se decidió
a tallar imagen viva
que a Cristo representara
en plena Pasión Divina,
tomándose por modelo,
cuando la muerte venía,
aquella faz resignada,
pero de dolor transida.
Y se entregó a su labor
casi como quien delira.
Para no perder la imagen
que en la mente se tenía
sin darse paz ni reposo
trabajaba noche y día.
Y así, en pocas semanas
ve que su obra culmina.
Cuando la tiene ante sí
de hito en hito la mira,
luego se fija en sus manos,
pues le parece mentira
que de ellas haya surgido
justo lo que pretendía,
que era aquella la figura
que en su mente estaba fija,
que tanto se había soñado
y que tan bien describía
los dispares sentimientos
de aquella Pasión vivida
por Cristo Vivo hecho Hombre
y que él reproducía.

De la existencia del Cristo
se enteraron las vecinas
y pronto, de boca en boca,
corrió por toda la villa
cual de pólvora reguero
la sorprendente noticia:
“Un joven imaginero
que trabajaba en Sevilla
ha esculpido un Nazareno”.
La gente que hubo la dicha
de poderlo contemplar
se quedaba convencida
de que estaba ante un milagro;
pues tal perfección tenía
aquel expresivo Rostro
que la influencia divina
patente era en la mirada

que la imagen transmitía.
- ¿Y quién es? - Se preguntaban
- ¿Cómo se llama? - Decían.
El ser poco conocido
mayor misterio añadía.
Al fin, el rumor alcanza
a la Ilustre Señoría
del Titular Mayordomo
de la Real Cofradía
de Nuestra Señora de la
Misericordia. Quería
que le mostrasen la imagen
que tan revuelta traía
a toda la vecindad
de gente buena y sencilla.
Y así, Tomás de la Huerta,
que tal nombre se tenía
aquel joven inspirado
y tan precoz como artista,
fue llevado a la presencia
de su Ilustre Señoría
y la Junta de Gobierno
de la Real Cofradía.

Así que vieron al Cristo
personas tan distinguidas
se quedaron fascinados
y con el habla perdida.
De inmediato se acordó
la providencia debida
para que la imagen fuera
por la Hermandad adquirida,
para que en su patrimonio
como propia fuese inscrita.
Y también se decidió
que la misma Cofradía,
poseyendo aquella talla,
a su título añadía
el de Jesús Nazareno
junto con el de María,
viniendo a ser desde entonces
por tal nombre conocida.
Se ordenó tomar razón
también que se pagarían
hasta trescientos reales,
que era suma muy crecida,
al hombre que con sus manos
a la imagen diera vida.

Cuando la historia narrada
de muchos fue conocida
la fama del buen Tomás
como la espuma crecía
y señores importantes
obras suyas requerían,
ofreciéndole fortunas
por cualquier cosa salida
de las manos prodigiosas
de tan consumado artista.
Pero todas las propuestas
que le hacen son baldías;
pues bien se sabe Tomás
que nunca jamás haría
nada como el Nazareno,
ya que Dios mismo fue guía
de sus manos en las noches
que la imagen esculpía.
Aquel Jesús Nazareno
fue la obra de su vida
y en los años venideros
la imagen asombraría
a todos cuantos la vieran
y algún poeta diría
pasados cientos de años
al sacar la Cofradía
a Jesús en Procesión
el Viernes de amanecida:

*"Tan difícil me resulta*
*describir el sufrimiento*
*de la cara de Jesús,*
*que ni a imaginar me atrevo*
*la barbarie de esa espina,*
*que escapándose del trenzo,*
*va atravesando su frente,*
*desde donde nace el pelo,*
*macerándole la carne,*
*hasta su ojo derecho.*
*Ese Rostro ennegrecido,*
*esos labios entreabiertos*
*de los que quiere escaparse*
*un anhelante jadeo,*
*esos ojos que se cierran*
*y esos dos hilos sangrientos*
*que le surcan las mejillas*
*hasta enrojecerle el pecho ..."*
¡Esa es la imagen de Dios!
¡Ese es Jesús Nazareno!

---==0=0==---

**Fuente:**
Anónimo popular

## La luz del Arco del Cristo

La caballerosidad y el honor, unidos a la altivez y ¿Por qué no decirlo? A la estupidez, pueden dar lugar a costumbres y tradiciones que acaban perdurando siglos.

Este romance da cuenta de los hechos que dieron lugar a que una luz que alumbra a un Cristo siempre permanezca encendida.

A casa del Regidor
la nobleza va llegando
a presentar sus respetos
ante el elevado rango
de Don Gonzalo de Andrada,
que va a poner bajo el mando
de Don Fernán de Pereros
las tropas que se han levado
en esta villa de Cáceres
para acudir con el bando
de los Católicos Reyes,
ya que así les fue jurado,
a la guerra de Granada
y así quedará tomado
entero el suelo de Iberia,
que tal empeño es sagrado
para la Reina Isabel
y su esposo Don Fernando.

Aquí nobles caballeros,
allá distinguidas damas.
Ellos sus mejores trajes,
ellas luciendo sus galas
ante el Regidor desfilan.
Ellos inclinan la espada,
con breve genuflexión
ellas su encanto realzan.
De pronto, todas las voces
como por misterio callan.
A la voz del alguacil
aparece por la entrada,
con su esposa y con su hija,
El Señor Rodrigo Aldana;
mas no son para el Hidalgo

las encendidas miradas
de los nobles caballeros,
ni la envidia que las damas
mal aciertan a ocultar
con altivez ensayada.
El centro de la atención,
por donde quiera que vaya,
lo es Doña Inés de Aldana,
hija única del prócer,
por todos considerada
la reina de la belleza
y por todos deseada.

Mediada la recepción
Doña Inés queda escoltada
junto al principal estrado
por su madre y Doña Juana,
esposa de Don Gonzalo,
que es el señor de la casa,
quien cordialmente departe
con Don Rodrigo de Aldana.
Van se acercando al estrado,
como sin darle importancia,
los jóvenes caballeros
que en la recepción se hallan.
Con fingida indiferencia
van saludando a las damas,
anhelando en su interior
al menos una palabra
de Doña Inés, que permita
albergar una esperanza
de que la bella les tenga
por algo más que una cara
que se acerca sonriendo
y se aleja trastornada.

Quiere la casualidad
que en un preciso momento
Don Gutierre de Saavedra
y Don Fernán de Perero
coincidan junto al estrado
de Doña Inés, justo al tiempo
que se despoja de un guante
y que el guante cae al suelo.
Quizás lo quiso el azar
o fue, quizás, el intento
de la bella Doña Inés
en contemplar el denuedo
que por servirla demuestran

a un tiempo dos caballeros.
El caso es que más se tarda
en decirlo que en hacerlo
y tan pronto el guante toca
las losas del pavimento,
los dos jóvenes se inclinan
y ambos lo apresan al tiempo.
Cada uno de una parte
tiene el guante bien sujeto,
ambos esperan que el otro
lo suelte y él devolverlo;
pero ninguno renuncia
a lo que cree su derecho.
El uno aprieta los labios,
del otro se agita el pecho,
las miradas que se cruzan
son tan frías como el hielo.
Los presentes que reparan
en la escena van temiendo
que tamaña obstinación
vaya a terminar en duelo.
El Regidor, hombre sabio,
ducho en cortesanos juegos,
toma el guante con la mano
y, colocándose en medio,
con un discreto ademán
hace que los caballeros
depongan su terquedad
y el lance quede deshecho.
- ¡Tomad, Doña Inés! - Le dice.
- Y para el futuro espero
que seáis más cuidadosa;
pues os puede ser devuelto
manchado de sangre noble
lo que vuestro escaso esmero
de modo tan negligente
permite que caiga al suelo.-

Mas no con ello quedaron
ni con mucho satisfechos
Don Gutierre de Saavedra
y Don Fernán de Perero;
pues al terminar la fiesta,
cuando a la calle salieron
se encontraron frente a frente
y, midiéndose de nuevo
con sus gélidas miradas
habló Don Fernán primero:
- Ahora que es noche cerrada

malamente puedo veros;
mas tan pronto salga el sol
se han de cruzar los aceros.-
- ¿Y por qué hemos de esperar? -
Tercia Don Gutierre. - Creo
que de concluir el lance
es más grande mi deseo
y que si vos pretendéis
dilatarlo por más tiempo
es que tenéis un motivo
y ese motivo es el miedo. -
Ante aquella grave afrenta
Don Fernán responde presto:
- ¡Decid si queréis morir
aquí mismo! No tolero
que semejantes palabras
queden dichas y no muerto
quien las haya pronunciado
o mi vida deje en ello. -
- Ya que resulta imposible
aquí batirnos en duelo;
pues a dos palmos de mí
vuestra figura no veo,
vamos a la puerta Este,
la que da a Fuente Concejo,
que en el arco que la enmarca
hay un Cristo arriba puesto
y una bujía lo alumbra.
Con su luz ya dispondremos
del espacio suficiente
para medir los aceros. -
Así dijo Don Gutierre,
el otro estuvo de acuerdo.
Por la Cuesta del Marqués,
que es empinado repecho,
fueron bajando hasta el Arco,
cuando en frente lo tuvieron
comprobaron que lo dicho
por Don Gutierre era cierto
y aunque era tenue la luz,
quedaba un espacio abierto
donde poderse batir
al distinguirse sus cuerpos.
Después de haber formulado
el saludo de respeto,
besan la cruz de su espada,
se afirman en el terreno
y se acometen con brío
buscando el golpe certero.

Mas, iniciada la lucha,
la luz, en un parpadeo,
se desvanece, se apaga,
dejando a los caballeros
en tan gran oscuridad
que han de detener el duelo.
Mas, tan pronto lo detienen
la llama surge de nuevo.
Vuelven a verse la faz,
piensan que quizás el viento
en ráfaga caprichosa
ha disminuido el fuego.
Por segunda vez se aprestan
a la lucha y al momento
de cruzar el primer golpe
la llama titila y luego
por segunda vez se apaga.
Sin que puedan tal misterio
explicarse se detienen
y nuevamente al hacerlo
vuelve a alumbrar la bujía
y su luz, que sube al Cielo,
les deja ver aquel Cristo
que los mira en su silencio.
Al punto la explicación
se abre paso en sus cerebros:
- ¡Es el Cristo! - Dice uno.
El otro responde: - ¡Cierto!
No quiere que nos batamos,
nos quiere a los dos ilesos,
que tan fútiles motivos
como los que nos tenemos
no son bastante razón
para que alguno sea muerto. -
Y así, como camaradas,
se tienden el brazo diestro
y con el saludo sellan
de no combatir acuerdo.
Hecho el pacto determinan
que el de Doña Inés electo
dispondrá de campo libre
para hacerle su cortejo,
debiendo dejar el otro
de realizar más intentos
para obtener sus favores
y mantener el respeto
y cortesía debidos
a dama de compañero.
Y puesto que para el alba

ya no falta mucho tiempo,
deciden llegarse juntos
hasta bajo el aposento
de Doña Inés y aguardar
a que el palacio esté abierto
y que ella misma decida
cuanto antes aquel pleito.

Embozados en sus capas
para el aguardo están prestos
en el callejón del Mono,
que dista muy pocos metros
de casa de los Aldana
y que es lugar muy discreto.
Al ir clareando el día
los perfiles son más netos
y aciertan a distinguir
el balcón de su tormento.
¡De pronto! Con tal sorpresa
que les deja boquiabiertos
ven, que con mucho sigilo
del balcón está saliendo
una figura de hombre
que se desliza hasta el suelo
por una maroma oculta
por las sombras y que luego
es la misma Doña Inés
la que asoma medio cuerpo
y antes que desaparezca
a su amado lanza un beso.
Algo tan inesperado
a los dos deja perplejos,
se miran tan sorprendidos
que si no llegan a verlo
nunca lo hubieran creído;
pero pronto su despecho
desaparece y comprenden
que ambos han sido unos necios
dando por fijo y sentado
que de la dama el afecto
no pudiera ser de nadie,
salvo de alguno de ellos.
Ahora entienden porqué el Cristo
ha detenido su duelo,
encendiendo y apagando
de la bujía su fuego.
Y como son bien nacidos
juran agradecimiento
al Cristo del arco aquel,

determinando al momento
que nunca le falte luz.
Los Saavedra y los Perero
así quedan emplazados
y que en años venideros
el Arco del Cristo tenga
siempre encendido su fuego
y a los pies del Cristo hacen
su sagrado juramento.

**Fuente:**
Anónimo popular

## LA TORRE DE FLORIPES

El amor, imposible a veces, a veces triunfa y se impone por encima de dificultades y de diferencias de razas, costumbres y religiones, si los corazones por él inflamados son nobles y los espíritus indomables, y si además los dueños de esos corazones se ven inmersos en aventuras y acontecimientos que ponen a prueba, tanto la intensidad de ese amor, como la valentía y el arrojo de quienes lo profesan, se producen hechos que dan lugar a historias cono la que ahora se narra y que habla de belleza, traiciones, luchas y victorias.

Reinaba el gran Carlomagno
en todo su vasto imperio
y hasta las tierras de Hispania
llegaban sus caballeros
a combatir con el moro
en los parajes fronteros.
Por las riberas del Tajo
se libran combates cruentos;
pues es el río referencia
y su dominio estratégico.
Son las tierras extremeñas
de muchos enfrentamientos
y son de especial violencia
en un punto muy concreto:
El poblado de Alconétar,
donde, sobre un tramo estrecho
del río, ya los romanos
sólido puente tendieron.
El control sobre este paso
da ventaja en amplio trecho
por tal, siempre es objetivo,
tanto de los sarracenos,
como de la cristiandad,
que para todos es bueno.

Cuando esta historia sucede
un caudillo cruel y fiero,

que era Rey de Alejandría,
gobierna el puente y el pueblo.
Es su nombre Fierabrás
y con su mano de hierro
toda una amplia región
tiene bajo su gobierno.
Por guardar mejor el puente
un torreón muy esbelto
ha construido a su lado
y hasta el portillo de acceso,
para hacerlo inexpugnable,
se abre casi a cinco metros
de altura sobre la base
extendida a ras del suelo.
Por eso el cruel Fierabrás
cuando tiene prisioneros
en la torre los encierra;
pues salir fuera de dentro
harto más fácil resulta
que hacer el camino inverso.

Cuenta entre sus capitanes
este caudillo tan fiero
con quien puede parecer
asaz extraño guerrero;
pues a más de ser mujer
posee un rostro tan bello
y formas tan sugerentes
en su estilizado cuerpo
que hasta mentira parece
que pueda albergar su pecho
corazón tan despiadado
que guía brazo tan fiero,
que más se crece en combate,
cuanto el combate es más cruento.
Como “La Bella Floripes”
la conoce el mundo entero
y tales encantos tiene
que al punto se quedan presos
de amor cuantos la conocen,
distinguiéndose entre ellos
quien ha sangre de su sangre
por nacer del mismo cuerpo:
Fierabrás, su propio hermano,
el caudillo cruel y fiero,
rendido de amor está,
consumiéndole el deseo
de poseer a Floripes,
que aunque aberrante es hecho,

no resulta inusual
que pase entre sarracenos.
Pero la bella Floripes
desdeña el requerimiento
de su hermano tantas veces
cuantas lo hace manifiesto,
por lo que el cruel Fierabrás
a sí se hace juramento
que será suya o de nadie.
No ha de gozar de aquel cuerpo
mortal alguno jamás
si él no puede poseerlo.

En los múltiples combates,
escaramuzas y acechos
que en la ribera del río
se libran de tiempo en tiempo,
la morisma se ha fijado
que, con arrojo y denuedo,
dirige cristiana hueste
un capitán muy apuesto
que manifiesta en la lucha
mucho más ardor que miedo.
Hasta la bella Floripes
llega a cruzar el acero
con Don Guido de Borgoña,
que por tal nombre se nombra
a este noble caballero.
Pero además de los golpes,
más forzados que certeros,
entre Don Guido y Floripes
miradas de vivo fuego
se han cruzado varias veces
y el odio que había primero
en amor se va trocando,
sin que ninguno de ellos
pueda ni quiera evitarlo;
pues ambos van suponiendo
que tal pasión es posible
tan sólo en sus pensamientos.
Pero quizás el destino,
siempre juguetón e incierto,
hace que un día Don Guido
caiga como prisionero
en manos de Fierabrás.
Puesta al corriente de ello,
corre la bella Floripes
a hablar con el caballero
y aunque pretende al principio

disimular sus afectos,
el amor que se profesan
desde el día en que se vieron,
venciendo cualquier barrera,
al fin se acaba imponiendo.
Pero Fierabrás se entera
de que en la torre está preso
quien no sólo es enemigo,
sino que además es dueño
del corazón de su hermana
y cegado por los celos
manda que, para que muera,
le sea cercenado el cuello.
Mas la bella se anticipa
y engañando al carcelero,
a quien llaman Brutamonte
y que es malvado y perverso,
al pie mismo de la torre
de un solo golpe certero
le da muerte con su daga
sin flaquearle los dedos
y en la torre se hace fuerte
con los demás prisioneros
y su guardia personal
que la ha seguido en su empeño.
El furor de Fierabrás
parece alcanzar al cielo.
A la torre pone sitio
y deja todo dispuesto
para que por hambre y sed
perezcan todos adentro.
Así que pasan los días
van las fuerzas decayendo
junto con las provisiones;
mas no va menguando el genio
y para salir del trance
que puede acabar con ellos,
deciden que Carlomagno
adquiera conocimiento
de la fatal situación
en que se encuentran los presos.
Conferenciando entre todos
llegan al común acuerdo
de que la suerte decida
quién va a romper el asedio
y dar al Emperador
noticia de este suceso.
La suerte a veces extraña
hace a Don Guido el electo.

Con el arrojo y audacia
propios de todos su gestos,
en noche oscura y sin luna
salva el hostil campamento
y la empresa encomendada
así remata con éxito.
Carlomagno manda tropas
con víveres y pertrechos
y, venciendo a Fierabrás,
libera a los prisioneros.
A Don Guido de Borgoña
le concede como premio
desposarse con su amada
y le ofrece un amplio feudo
en las tierras conquistadas
con la torre como centro.

Con el correr de los años,
cristianos y sarracenos,
para nombrar la tal torre,
recordando estos sucesos,
con el nombre de la bella
la fueron reconociendo
y “La Torre de Floripes”
es hasta estos momentos.

Cuenta también la leyenda
que entre horribles sufrimientos
los espíritus errantes
de caudillo y carcelero,
Fierabrás y Brutamonte,
siguen en la torre presos
y cuando el agua del río
va a cubrirla por completo,
se forma a su alrededor
como un halo de misterio.
Son las almas condenadas
que no hallan paz ni sosiego
y un remolino en el agua
se forma con sus lamentos.
Así, quien atentamente
viaje por estos predios
y conozca esta leyenda
podrá oírlos ... ¡Y hasta verlos!

---==0=0==---

**Fuente:**
J. Sendín “Leyendas Extremeñas”

## EL CALLEJÓN DE LA AMARGURA

Hasta la aparición de los Camposantos, los enterramientos se realizaban en el interior de los templos cuando los finados eran miembros de la nobleza y su mecenazgo había contribuido a levantar o a mantener capillas u oratorios en los dichos templos.

Mas el común de los mortales, gentes del vulgo, siervos y demás eran dados a la tierra en el exterior de las iglesias, preferentemente detrás del presbiterio, por ello a estas zonas aledañas a los templos, acudían los deudos de los enterrados a manifestar su duelo y proclamar su tristeza o amargura por la pérdida del ser querido.

Posiblemente, sea esta la razón de que en Cáceres, la tortuosa y estrecha calle que discurre por detrás de la Concatedral de Santa María la Mayor, sea conocida como “Callejón de la Amargura”.

Pero desde largo tiempo se viene contando una historia que atribuye una razón bien distinta al origen de ese nombre.

Es la que ahora se narra:

Callejón de la Amargura
¿A qué le debes tal nombre?
¿Qué tristeza, muerte u odio
tras ese título escondes...?
Así pregunté a la historia.
Quise saber las razones
por las que así se te llama
y así el pueblo te conoce.
Y la historia me lo dijo,
quiso contármelo a voces,
para que yo lo repita
y que cualquiera se asombre
de que entereza y bondad
llegan a parir dolores,
que no por bien recibidos
van a ser menos atroces.

Pero dejad que lo narre
y que como se conoce
por todos sea conocido
tal que ya nadie lo ignore
y de Cáceres el pueblo
con quien lo sufrió lo llore:

Fue que en el tal callejón,
(que tortuoso recorre
por la trasera del Templo,
y entre esquinas y rincones
lleva al Adarve del Cristo)

hubo mancebía noble.
La regentó meretriz
bien dotada de los dones
que para tales oficios
su dificultad impone;
pero además de las ciencias
los encantos y sazones
que adornaban a “la Lola”,
pues que tal era su nombre,
era mujer de palabra
y no valían razones,
cuando la había empeñado,
para que mujer ni hombre
la pudieran doblegar
con más argumentaciones.
Una noche, como todas,
en aquel burdel brillaban,
además de las candelas,
más que cualquier luminaria,
lujuria y gula fundidas,
que allí se tenía a gala
atender necesidades
sin selección estudiada
de cuál era la virtud
que quedaba vulnerada.
Mas de pronto, la alegría
vino a resultar truncada
por un aviso que llega
de que reyerta entablada
entre mozos en la calle
se ha saldado con tan mala
fortuna que ha sido muerto
un joven de cuchillada
y parece que la ronda
de alguaciles ya se anda
tras los pasos del autor,
que viene de casa en casa
buscando donde esconderse
o encontrar cobijo y guarda.

Así que Lola conoce
que hasta su puerta se alcanza
ese joven fugitivo
y que con angustia llama,
manda abrir con discreción
y franquearle la entrada.
Allí mismo de esconderle
Lola ofrece su palabra.
Y así que la ronda llega

Lola niega ante los guardias
que tenga conocimiento
de que haya entrado en su casa
persona como el buscado
y para que no se vaya
la justicia descontenta
de su largueza hace gala
y les cursa invitación
para pasar a la sala
donde sin preocupaciones
el personal se solaza.

Los de la ronda declinan,
y no por falta de ganas,
el gentil ofrecimiento
ya que el deber los reclama.
Y tras escuchar de Lola
que el fugitivo en la casa
no se encuentra refugiado
la justicia ya se marcha.

Averiguaciones hechas
alrededor del suceso
acaban por acercarle
a Lola conocimiento
de que en el traído lance
quien ha resultado muerto
ha sido su propio hijo.
Su hijo, galano y bello,
hermoso y joven muchacho
doncel tan guapo y apuesto,
aquel que hubiese parido
y que criase a sus pechos.
Aquel siempre bien amado,
aquel que tantos desvelos
le trajo desde la cuna.
Aquel a quien con esmero
le diese una educación
para que con el tiempo,
de hijo de meretriz
se trocase en caballero.

De su boca sólo un grito:
*"¡Muerto! Mi hijo ¡Muerto!"*
Brotaba constantemente,
se mesaba los cabellos,
andaba como perdida
sin hallar paz ni sosiego.
Pero lo peor de todo,

lo que ponía más negro
el color de su dolor,
era que al joven artero
que acuchillase a su hijo
en aquel maldito duelo,
lo tenía de acogida
bajo de su propio techo.
Y de su palabra esclava
tal debía mantenerlo.

Por su mente ni pasó,
ni pronto ni en mucho tiempo,
la delación o la entrega;
pero el doble sentimiento
de lealtad a su palabra
y de dolor tan intenso,
en silenciosa amargura
así la fueron sumiendo,
que el vulgo, de siempre sabio,
para dar conocimiento
a quien requería informe
sobre el establecimiento,
dio en llamar al callejón,
A raíz de estos sucesos:

**"De la amargura de Lola"**
y así, el correr del tiempo
el nombre fue recortando
y en dicho quedose el hecho.

**"Callejón de la Amargura"**
es el nombre del recuerdo
de una mujer que sufrió
ella sola y en silencio.
Y que tenida por mala
y por pecados sus hechos,
por su palabra y coraje,
su corazón hizo bueno.

---==oOo==---

**Fuente:**
Anónimo popular.

## La sombra de Gonzálvez

En la baja Edad Media las tierras del Tajo durante muchos años fueron fronteras entre los reinos cristianos y Al Andalus y, como en todas las regiones cuya posesión no estaba clara y cambiaba de manos y dueños con harta facilidad, se produjeron notables hechos, valientes actos, fervientes enamoramientos y arteras traiciones.

Muchos son los cuentos y las leyendas que narran acciones de las naturalezas descritas y muchos los personajes en ellas implicados. Esta que se cuenta, aconteció en las agrestes tierras de la Sierra de Monfragüe y en el castillo que sobre ella dominaba.

Pero… Oigámosla:

Al norte de Extremadura,
en la tierra de Monfragüe,
había tropas cristianas
en castillo inexpugnable.
Asentado sobre el Tajo
en ásperos roquedales,
resistía fieramente
del moro cualquier embate,
que en ninguna de sus razzias
logró siquiera acercarse.
Aguerridos luchadores,
extremeños indomables
al Rey de León guardaban
estas tierras de Monfragüe.

Entre los hombres de armas
que había en el baluarte
se contaban dos amigos
que, desde que eran infantes,
compartían de su vida
alegrías y pesares,
eran Tirso de Pedraja
y Rodolfo de Gonzálvez.
Ambos diestros con las armas,
luchadores de coraje,
ambos hacia su amistad
desprendidos y leales.
Su capitán los tenía
por soldados ejemplares,
entre la tropa se habían
ganado fama de audaces,

incluso al moro llegaba
la narración de sus lances
y notables hechos de armas
que habían sufrido en sus carnes.

A tal punto la amistad
que los unía era grande
que si ofendido era el uno,
desquite el otro se trae
y cualquiera posesión,
ya sea fútil o importante,
que cualquiera se tuviera,
entre los dos la comparten.
De lazo tan vigoroso
y amistad tan envidiable
mortal alguno podía
prevenir tal desenlace;
mas aguardad, que ya narro
la historia desde que nace:

Durante todo un verano
los fieros abencerrajes
habían tenido sitiado
el Castillo de Monfragüe;
mas, sin haberlo tomado
y tras de duros combates,
al acercarse el invierno
hubieron de retirarse
para evitar el rigor
del frío de estos parajes.
Retirado el agareno
se hacía preciso andarse
hasta la cercana aldea
de Serradilla, que grande
merma había sufrido
de víveres y animales
la reserva del Castillo
por tan prolongado ataque.
De guardar la expedición
que a Serradilla bajase,
órdenes dio el Capitán
a Pedraja y a Gonzálvez
y al mando de ella se fueron,
dando fe de inseparables
a dar punto a su misión;
pero... ¡Pobres ignorantes!
No sabían que en el pueblo
un hado de mal talante
truncaría su amistad,

trayendo mayores males.

Ambos pusieron sus ojos
en una moza arrogante
que inflamó sus corazones
con un amor tan salvaje
que se trocaba en deseos
y en apetitos carnales.
Tanto se halagó la moza
porque ambos la cortejasen
que a ninguno se entregó;
pero sin querer negarse.
A los dos les dio esperanza,
ante los dos hizo alardes
de pureza y castidad
y su belleza y encantos,
ya de natural pujantes,
destacaba con afeites
y sus mejores ropajes.
Galanteaba con uno
sin que el otro lo ignorase
y a cada uno contaba
lo que el otro le narrase,
arreglando las palabras
con tal astucia y tal arte
que sin decirles mentiras
no decíales verdades.
Así, cada uno fue
cada vez más encelándose
y perdiendo en el amigo
aquella fe inquebrantable,
que se hizo rivalidad
con recelos insondables,
para irse trocando en odio
así los días pasasen.

Cuando en estas sinrazones
andaban los aspirantes,
quiso concluir la moza
aquel complicado trance
y, negándose a Pedraja,
se prometió con Gonzálvez.
El regocijo de éste,
sintiéndose ya triunfante,
hizo nacer en el otro
rencor y odio a raudales
y así, por aquel desprecio,
venganza juró tomarse.

Llegado que fue el momento
de que al Castillo tornasen,
fue conocido de todos
aquel amoroso lance
que a dos tan buenos amigos
en enemigos trocase.
A lo largo del invierno
muchas veces fue Gonzálvez
al pueblo, por ver su moza
y que Pedraja rabiase.
En más de alguna ocasión,
por estas rivalidades,
llegaron a las espadas;
mas no se llegó a la sangre;
pero ya todos sabían
que más temprano o más tarde
duelo a muerte se tendrían
entre Pedraja y Gonzálvez.
Con la nueva Primavera
vuelven los abencerrajes
a poner sitio al Castillo;
pues han empeño constante
en ganar para su Reino
estas tierras de Monfragüe;
pues son de paso obligado
y entre norte y sur enlace.

Una sombría mañana
mandó el Capitán de infantes
que en el patio del Castillo
toda la tropa formase.
Así los tuvo reunidos
díjoles con su voz grave:
- ¡Por Dios que he de averiguar
si aquí me tengo un cobarde
que ha pactado una traición
con el moro abencerraje! -
Y diciendo esto, muestra
una misiva que trae.
Para ser leída en alto
se la entrega a su ayudante.
A éste la voz le tiembla,
su rostro va demudándose
al leer el contenido
de tan funesto mensaje:
- ¡Conviene que estéis alerta,
porque un traidor despreciable
en vuestras filas se encuentra.
Debéis desenmascararle

y hacer justicia con él;
pues mañana será tarde! -
Un murmullo de estupor
entre la tropa se esparce
y va subiendo de tono
con la indignación que nace.
Con un gesto el Capitán
a todos manda callarse
y puesto que allí están todos
les ordena desnudarse
para registrar las ropas,
armaduras y atalajes
de todos y cada uno
por descubrir al culpable.
Después de algunos de ellos,
le toca el turno a Gonzálvez,
con toda tranquilidad
empieza por despojarse
de cota de malla y armas,
cuando va a quitarse el traje
el Capitán le detiene
y lanza un grito salvaje.
De los pliegues de la ropa
un papel oculto extrae.
- ¡Traición! ¡Aquí lo tenemos!
¡Esta es la prueba palpable! -
Con su voz enfurecida
parece romper el aire;
pues más que leer escupe
las palabras del mensaje:
- “¡Mañana, al anochecer,
por el túnel que tú sabes,
al interior del Castillo
nos conducirás, la parte
prometida del botín,
así que la lucha acabe,
será tuya, te lo dice
el Caudillo abencerraje”! -
- ¿Qué más pruebas hacen falta?
¡Prended a ese vil cobarde!
¡Que su castigo ha de ser
como su traición de grande! -
La sorpresa y el horror
dejaron mudo a Gonzálvez,
que no acertó a pronunciar
palabra que disculpase
el crimen que le achacaban
sin que en él tuviera parte.
Así fue rápido el juicio,

la sentencia, no por grave,
una vez que fue tomada
más tardó en ejecutarse.
Y no cupo apelación;
pues la orden fue tajante:
- ¡Llevadlo hasta el Cancho Gordo!
Pero antes de despeñarle
que le sea atada al cuello
una piedra que no baje
de cuatro arrobas de peso.
¡Y que el Tajo se lo trague! -
Doce hombres se llevaron
al que creían infame
y la orden se cumplió
de manera inexorable.
Entre aquellos doce iba
el que fuera responsable
del ardid que se tramara
contra el pobre de Gonzálvez.
Y el mismo Pedraja fue
quien, lejos de conformarse
con perder a su rival,
de propia mano empujase
el cuerpo del desgraciado
hacia el abismo insondable.
Las frías aguas del Tajo
se llevaron en su cauce
el cuerpo del desgraciado
con aquel pesado lastre.
Un remolino rojizo,
como un círculo de sangre,
se convirtió en el sudario
en que se envolvió el cadáver.

Fueron pasando los días
sin que muchos se acordasen
de quien, por creer traidor,
tuviera muerte infamante.
Mas Pedraja no podía
olvidar por un instante
que aquel que fuera su amigo
fue inocente y él culpable.
Y así, los remordimientos
el corazón le contraen
y no sosiega, ni duerme,
ni come; pues bien se sabe
que no ha de quedar impune
un acto tan despreciable.
Se le veía enflaquecer,

no quería hablar con nadie,
su mirada era vidriosa
y grotescos sus andares;
pues se creía seguido
por la sombra de Gonzálvez
y tratando de alejarla
lanzaba golpes al aire,
tal que todos le tomaron
por un loco de remate.
Cada día se bajaba
hasta el río por la tarde,
que una fuerza irresistible
allí parecía llamarle
y con la mirada fija
sobre las aguas cambiantes
se le pasaban las horas
sin que nada le sacase
de aquel ensimismamiento
que más iba trastornándole.
A veces le parecía
que la sombra de Gonzálvez
emergía de las aguas
y allí quería llevarle;
pues le llamaba en silencio,
se acercaba a rodearle
y hasta tiraba de él
con gestos amenazantes.
Estas visiones tenían
a Pedraja delirante,
hasta que un anochecer
fue a Cancho Gordo a sentarse,
el Cielo estaba rojizo,
con furia soplaba el aire,
haciendo que el agua turbia
bramara en los roquedales.
¡De pronto! Como una nube
en el río va formándose,
adopta humana figura
y de las aguas se sale,
se eleva sobre las piedras
hasta Pedraja llegándose.
El terror le paraliza,
que aunque está loco ya sabe
que el alma de su rival
allí ha subido a buscarle.
La sombra le reconoce,
y él reconoce a Gonzálvez.
Desenvainando su espada
para dos veces matarle

se lanza contra la sombra
y por el abismo cae.
Su cuerpo contra las rocas
al caer va golpeándose
de tal modo, que las aguas
lo recogen ya cadáver.
El río Tajo que fuera
la tumba del buen Gonzálvez,
también sirvió de ataúd
al que fuera más infame
y en la eternidad unidos
quedaron los dos rivales.

Así dice esta leyenda
del Castillo de Monfragüe,
puede no ser verdadera,
mas, cuando la Luna sale,
quien se asome desde el Cancho,
si atento sabe fijarse,
es posible que descubra
sobre las aguas cambiantes
dos sombras que van unidas
sin dejar de pelearse.
Y sobran explicaciones;
pues ya cualquiera se sabe
que en el Tajo están cautivos
los espíritus errantes,
sin encontrar el reposo,
de Pedraja y de Gonzálvez.

---==oOo==---

**Fuente:**
J. Sendín “Leyendas Extremeñas”.
Revista “El Cronista” de Serradilla.

## La Huerta de la Merced

La sencillez y la generosidad de un hombre del campo, se cuenta que dio lugar a la concesión de una importante merced por parte de Su Majestad Doña Isabel de Castilla, conocida como “La Católica” en una de sus visitas a la villa de Cáceres, de tal forma que cientos de años después, tanto el propio nombre de la huerta, como la merced concedida, mantienen su vigencia.

De boca en boca se cuenta
Y se ha tenido por cierto
A lo largo de los siglos
Como ocurrieron los hechos
Que Su Majestad Católica,
Resolvió con un decreto.
Mas esperad el relato
De los acontecimientos
Narrado desde el principio
Para mejor comprenderlo.
Fue cuando Doña Isabel
Para otorgarle su Fuero
Visitó esta noble villa
Nombrándola de realengo.
Por las mañanas solía
Salir de sus aposentos
Y abandonando el palacio
Que le daba alojamiento
Solazarse en un paseo
Por la ribera del río.
Y ella sola, sin su séquito,
Gozaba de intimidad
Para sí y sus pensamientos.
Quizás fue casualidad
El tener feliz encuentro
Con humilde labrador
Que trabajaba en su huerto
Y que al ver sola a la dama
Le hace el ofrecimiento
De que aquello que precise
Le será dado al momento;
Mas Su Majestad declina,
Aunque agradece en extremo
Lo que pudiera ofrecerle
Quien se muestra así de bueno.
Y cuando ya está dispuesta
A seguir con su paseo
El labrador la requiere:

- ¡Tomad, Señora, y espero
Que no os toméis como ofensa
Mi descaro al ofreceros
Esta jugosa manzana
Que es la mejor de mi huerto! –
Doña Isabel se detiene
Y con su agradecimiento
Quizás también sorprendida
Por aquel amable gesto
Le expresa a aquel hortelano
Su más hondo pensamiento:
- A fe que no me esperaba
Encontrar por estos predios
A gente tan bondadosa
Y de este desprendimiento.-
El buen hombre le responde:
- No penséis que es un exceso
Regalaros esa fruta
Pues que Dios el Señor Nuestro
Es quien dispone que brote
De natura tal misterio. –
- Vuestra generosidad –
Responde la Reina presto –
Y vuestra sabiduría
Y tanto buen hacer vuestro,
La merced que deseéis
Me permiten ofreceros –
- ¿Y a quién, si me permitís
El honor de servir tengo? –
Le preguntó el hortelano
- A mi mando y mi gobierno
Puesto que la Reina soy
Está de Castilla el reino,
Por tanto podéis pedir
Lo que tengáis por deseo. –
No se tomó en decidir
Ni poco ni mucho tiempo
Con natural humildad
Y su talante sincero
Le dijo a Su Majestad:
- ¡Señora, yo sólo quiero
Que el agua de esta ribera
Siga así, siempre corriendo
Y vivifique las huertas
De los que aquí las tenemos.
De esta manera podrán
Darnos sanos alimentos. –
Y tan pronto está de vuelta
La Reina a sus aposentos

Dispone que se redacte
El oportuno Decreto
Con su Real provisión
Y así ordena que el Concejo
Disponga lo necesario
Para que nunca le falte
A aquellas tierras el riego
Y que tal disposición
Mantenga su validez
En los siglos venideros.

**Fuente:**
Anónimo popular

## El Cristo de las Batallas

*"Ut placeat Deo et hominibus"* Tal lema imprimió el Monarca Alfonso VIII en el escudo de la ciudad de Plasencia. Junto a él, una Imagen de Cristo Crucificado que data de unos años después, del tiempo del Obispo Don Bricio, vienen definiendo y significando el espíritu de esta ciudad que, a lo largo de los siglos, se ha impregnado de las esencias de dos comarcas que se extienden en sendos valles hacia el norte de la urbe: La Vera y el Valle del Jerte.

Aquí se cuenta la historia y el misterio que envuelve la aparición de la Imagen del Crucificado.

Comenzando el Siglo XIII
contra el moro se luchaba.
Las tierras de Extremadura
el hondo Tajo zanjaba,
quedando al sur la morisma
y al norte gente cristiana.
Toda su abrupta rivera
se veía jalonada
de castillos, fortalezas
recias torres y murallas
que para defensa fueron
sobre el río levantadas;
pero a más de detener
al agareno en sus razzias,
valiéndose de su altura,
que lejos se divisaba,
cuando el moro se movía
se prendía una fogata
que se iba multiplicando
en cada torre cercana
y así, toda la ribera
estaba al punto alertada
y prontas para la lucha
que daban regiones amplias.
Tal estrategia logró
una relativa calma,
permitiendo prosperar
algunas de aquellas plazas;
cual le sucedió a Plasencia,
por el Jerte bordeada,
protegida al sudoeste
por fosos y barbacanas
y adornada por el norte
por una torre muy alta
que todos los placentinos

por “Lucía” la nombraban.
Las callejas tortuosas
y las recoletas plazas,
cuando la noche se llega
sólo ven rota su calma
por la ronda que las corre
con su segura pisada,
siendo cómplice el silencio,
que a tanto sirve la cama,
de amores, rezos o sueños
que a cada uno le vayan.

Mas tanta tranquilidad
una noche fue truncada
por el áspero sonido
de la trompeta, que llama
porque el peligro está cerca
y prepararse hace falta.
Apenas se abren los ojos
y así las mentes se aclaran
se puede ver en el Cielo
sobrecogiendo las almas,
el siniestro resplandor
que provoca la fogata
que desde Torre “Lucía”
al Cielo eleva sus llamas.
Los vecinos se alborotan,
los soldados a las armas,
con llamadas a rebato
tocan todas las campanas.
Pasada la intensa noche,
pronta a despuntar el alba,
se ha preparado la hueste
y la tropa está formada.
Para defender el sitio
a campo abierto se lanzan
y así poder elegir
el lugar de la batalla
y que a la ciudad no alcance
el muslime y su canalla.
Hasta la Plaza Mayor,
que es extensa y porticada,
aguerridas formaciones
por la calle del Rey bajan.
Allí son las despedidas,
abrazos, besos y lágrimas
de madres, hijas y novias,
que sienten que se desgaja
algo de su propio ser

cuando sus hombres se marchan
para defender la Cruz,
que la Media Luna ataca.
Cuando el puente levadizo
que está bajo la muralla
en la Puerta de Trujillo,
solemnemente se baja
para que salga la tropa,
una madre se abalanza
sobre el pecho de su hijo
mientras del suyo se arranca
un pequeño Crucifijo,
y le dice estas palabras:
- Que este Señor, hijo mío,
te proteja en las batallas.
No te olvides de tenerlo
cada noche en tu almohada
y pedirle cada día
que te guarde en cuerpo y alma. -
La madre y el hijo cruzan
la más intensa mirada
y el mozo cruza el portón
perdido entre la soldada
en busca de su destino,
poniendo su confianza,
tanto en las manos de Dios,
como en la cruz de su espada.
El transcurrir de los días
los va trocando en semanas
y la hueste de Plasencia
no torna de la batalla.
Cada tarde por las calles
de la ciudad solitaria,
en somnolientos romances
un anciano cuenta y narra
las luchas que contra el moro
los placentinos se traban
y nombra los que han caído
y los que de alguna hazaña
son autores, y su nombre
entre los otros destaca.
Cada tarde, las mujeres
oyen al viejo angustiadas
porque el nombre de su hombre
en su romance no salga
como muerto, prisionero
o perdido en las batallas.
Aunque alguno más curioso
alguna vez preguntara

quién sería aquel anciano,
o de dónde se sacaba
las noticias que traía,
lo cierto es que no dudaban
y por verdad se tenía
cuanto en romances contaba,
porque un halo de misterio
sin duda le rodeaba.
A pesar de su apariencia
y de aquella espesa barba,
la cadencia de su voz
y lo firme de su habla
no reflejaban los años
que su figura apuntaba.

Las semanas al correr,
en meses fueron trocadas,
aquella madre tenía
casi muerta la esperanza
de que su hijo volviera
para poder abrazarla;
mas cada noche sus rezos
al Cristo le renovaba.
Y por no dejar de hacerlo,
un día, de madrugada,
se hizo presente su hijo
en el zaguán de su casa.
Fue tan grande su alegría
y su gratitud fue tanta
que sin poder pronunciar
apenas una palabra,
entre besos y sollozos,
por su hijo fue abrazada.
- ¡Fue tu Cristo, madre mía,
el que mi vida guardaba!
Cada noche para Él
era mi última palabra,
tanto que junto a mis labios
muchas noches se pasara
al quedarme yo dormido,
tras una dura jornada,
sin concluir la oración
que tú me recomendaras. -

Todos vivían felices
ya con el soldado en casa;
pero él estaba inquieto,
algún mal le atenazaba.
Corría por la ciudad,

se subía y se bajaba
por todas sus callejuelas
y sus escondidas plazas,
no descansaba su cuerpo,
no sosegaba su alma,
alguna vez hasta oyeron
que consigo mismo hablaba.
- ¡Ah! ¡Si pudiera! - Decía.
- ¡Si pudiera! - Susurraba.
Y sin tino repetía
esa frase entrecortada,
tal que su madre pensó
que su razón peligraba.
Y es que no era sólo esa
su conducta más extraña,
que llevose como pudo
hasta el patio de su casa
algunos leños enormes
de madera oscura y parda.
Y los mira y los remira,
con la azuela los trabaja;
pero lo que se pretenda
a los leños no le saca.
Los golpea con denuedo,
febrilmente los ataca
hasta que cae rendido,
mas su tarea no acaba.
Y así un día tras otro,
se levanta de mañana
y encerrándose en el patio,
en su trabajo se enfrasca,
repitiendo sin razón
aquella su frase extraña:
- ¡Ah! ¡Si pudiera! - Decía.
- ¡Si pudiera! - Susurraba.
Hasta que, de pronto, un día,
sin que nadie le llamara,
el anciano romancero
que contaba las batallas
estaba bajo el dintel
de la puerta de su casa.
Era tiempo de Cuaresma,
en plena Semana Santa,
y por ser días de rezos
los romances no se cantan.
El mozo cuando lo ve
con sorpresa se levanta,
con curiosidad le mira
y en la faltriquera se anda

por buscar una limosna;
pero el anciano le para
con  un gesto de su mano
mientras posa su mirada
en las enormes maderas
en las que el mozo trabaja.
- De esos leños... - Dice el Viejo.
- ¿Qué? - Pregunta el joven con ansia.
- Podría salir la imagen
de Cristo en su Cruz tallada. -
El mozo queda perplejo,
tal es su intención callada
y a nadie le ha referido
que a tal objeto se afana;
pero tras tanto fracaso
ya su decisión no es tanta.
- Quizás yo pueda ayudarte. -
Dijo el Anciano con calma.
- ¡Pero ha de ser como este! -
Y el joven muestra en su palma
la Cruz que lleva en el pecho
que su madre le entregara.
- ¡Veré qué se puede hacer!
Tú retírate y descansa. -
El Anciano queda solo
en el patio de la casa.
Así que llega la noche
todo está quieto y en calma,
el mozo se llega al patio,
pero allí no se oye nada.
Llama repetidas veces,
mas sólo silencio halla.
Por fin, decidido entra
donde el Anciano trabaja...
De estupor y de sorpresa
queda lívida su cara.
Ante sus ojos se ofrece
la más fabulosa talla
de Cristo Crucificado...
Al acercarse repara
en que el rostro del Anciano
es el de la imagen Santa.
- ¡Es mi Cristo! - Grita el mozo.
- ¡Mi Cristo de las Batallas!
¡Así lo veía siempre!
¡Así siempre lo soñaba!
¡Así estaba cada noche
protegiendo mi almohada! -
Tal noticia pronto corre,

de otra cosa no se habla,
Plasencia es un hervidero
de rumores que no callan.
Por todas partes se busca
al Anciano que cantaba;
pero por ninguna parte
ni rastro de él se halla.
El Palacio Episcopal
acaba tomando cartas
en el asunto del Cristo,
pidiendo el Señor Obispo
que se le muestre la talla.
Tan impresionado queda
por el realismo que emana
de la imponente figura
que rápidamente manda
que se levante una Iglesia
para aquella imagen Santa
y que en años venideros
allí sea venerada.

Desde entonces hasta hoy,
El Cristo de las Batallas
es para los placentinos
fuente de fe y esperanza,
y su Iglesia todo el día
está con la puerta franca
y a los pies del Cristo hay
siempre encendida una llama
que una madre allí pusiera
porque a su hijo guardara.
Hoy, los mozos de Plasencia,
cuando al servicio se marchan,
van a pedirle a su Cristo
que los guarde en cuerpo y alma;
pues saben que irán seguros,
que su Cristo no les falla,
que tendrán la protección
¡Del Cristo de las Batallas!

---==oOo==---

**Fuente:**
Archivo documental del Santuario del Cristo de las Batallas.
J. Sendín “Leyendas Extremeñas”

## El Vaquero de las Villuercas

El nombre de Guadalupe, que significa “río oculto o escondido”, fue el que se le dio a la Imagen de la Virgen que se encontró en un lugar de las Villuercas, precisamente junto a una semioculta ribera, como consecuencia de la aparición que tuvo el vaquero cacereño Gil Cordero a finales del S. XIII. Allí se levantó un primer templo que, con el tiempo, se fue engrandeciendo y adquiriendo gran fama, hasta el punto de que llegó a convertirse en el templo mariano más importante de España y con gran difusión por el Nuevo Mundo.

La Virgen de Guadalupe es Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad.

Cuentan como tradición,
No se sabe si es leyenda,
Aunque haya gente de bien
Que la tenga por bien cierta,
Que un pastor de humilde cuna
Y de más menguadas rentas
Que llamaban Gil Cordero,
Andaba por las Villuercas
Al cuidado de sus vacas
Y cuando echaba las cuentas
Se percató que faltaba
Solamente una de ellas.
Si bien le siguió su rastro
Al poco la encontró muerta.
Se dispuso a desollarla
Y tomar lo que pudiera,
Tanto si fuese su piel,
Como si fuese su cuerna.
Estando cuchillo en mano
Presto para la faena
La vaca se levantó
Y emprendió veloz carrera
A unirse con sus hermanas
Al calor de su querencia.
Gil Cordero se quedó
Mudo y con la boca abierta,
Pues que no tenía vida
Comprobó nada más verla.
De pronto se sobresalta
Y de hinojos cae a tierra,
Pues frente a él se aparece,
Como en una nube envuelta,
Quien ve claro que es la Virgen
Que le habla de esta manera:
*“Vuelve a Cáceres y di*
*A tus vecinos que vengan*
*Y que caven justo aquí,*
*Junto a esta oculta ribera,*
*Que justo aquí han de encontrar*

*La Imagen que representa*
*A la Madre del Dios Vivo*
*Pues aquí le dieron tierra".*

Marcha Gil hacia la villa
Y lo sucedido cuenta,
Mas poco caso le hacen
Pues piensan que con frecuencia
La gente imagina cosas
O a veces se las inventa
Para que algo les alegre
Su más bien triste existencia.
Pero la Virgen insiste
Y desde su omnipotencia
Otro milagro regala
En su infinita clemencia:
Un hijo de Gil Cordero
Que hace poco feneciera
Es resucitado al punto,
Dejando así la evidencia
De que es la verdad exacta
Lo que Gil Cordero cuenta.

Los vecinos conmovidos
Le siguen a las Villuercas
Al lugar donde la res
A la vida así volviera.
Y allí cavan sin reposo
Junto a la oculta ribera.
Y justo allí, una Imagen
De la Virgen pronto encuentran.
La llaman de Guadalupe
Pues están en la creencia
De que su significado
En el vocablo se encierra.

Pronto se levanta un templo
La devoción se incrementa
Y de toda Extremadura
Vienen las gentes dispuestas
Para hacerle rogativas
Y para traerle ofrendas.
Se extiende con rapidez
Su fama de milagrera
Y hasta nobles y monarcas
Hasta su templo se llegan.
Como hizo Alfonso el onceno
En mil trescientos cuarenta
Cuando iba a librar batalla,

Cuya victoria era incierta,
Contra los benimerines,
Que a la Virgen se encomienda
Para salir bien librado
De la importante contienda.

Descubierto el Nuevo Mundo,
Por todas aquellas tierras
Esta advocación mariana
Va adquiriendo fama inmensa.
Hasta Cristóbal Colón
Cuando regresó de América
Peregrinó a Guadalupe
Vestido con estameña
A dar gracias a la Virgen
Por el éxito en su empresa.

Pasados ya muchos años
Alguien tuvo la ocurrencia,
Para honrar a Gil Cordero,
De que en la casa que fuera
La vivienda del pastor
En la calle cacereña
Que dicen de los Caleros,
Se levante a sus expensas
Ermita para la Virgen
Que al pastor se apareciera.
Y allí permanece hoy
Esta ermita recoleta,
Por el pueblo conocida,
Porque así el pueblo lo acepta,
Como “Ermita del Vaquero”
En memoria de quien fuera
Un pastor de humilde cuna
Y de más menguadas rentas.

Cada ocho de septiembre
Extremadura festeja
El día de su Patrona,
De la Hispanidad la Reina,
Que por ser Madre de Dios
El mundo entero venera.

**Fuente:**
J. Sendín “Leyendas Extremeñas”

## EL CRISTO NEGRO

Los sucesos que afectan a una buena parte de la población de un territorio, cuando encuentran desenlaces inesperados, dan lugar a la aparición de leyendas como la que se narra en este romance en torno a una Imagen de Cristo Crucificado, conocida como “El Cristo Negro”. Su influencia y las consecuencias de lo acontecido llegan hasta nuestros días en que ha vuelto a ser titular de la Hermandad Penitencial del Santo Crucifijo de Santa María de Jesús, con sede canónica en la Santa Iglesia Concatedral de Santa María la Mayor de Cáceres.

Por toda la Extremadura
Hay desolación y muerte.
Dios castiga los pecados
Trayendo la negra peste,
Una terrible epidemia
Con tal rapidez se extiende
Que hace presa con furor
Sobre hombres y mujeres,
Que el mal que así se desata
Sobre géneros no entiende.
Es tal el terror que reina
Y el espanto que acontece
Que corren despavoridos,
Buscando donde esconderse,
Así ricos como pobres
Que la enfermedad y el mal
Caen sobre toda la gente.
Ni físicos ni boticas
Son remedios suficientes
Y el pueblo busca consuelo,
Como ocurre casi siempre,
Pidiendo perdón a Dios,
Pues tienen por evidente
Que sólo Gracia Divina,
Derramada cual torrente
Puede acabar con sus males
Siendo ellos impotentes.

De pronto una buena nueva
Surge como de repente:
Entre los que aún son vivos
Se va extendiendo la especie
De que Dios Nuestro Señor
Se empieza a mostrar clemente
Y que una imagen de Cristo
Que en una ermita aparece
Ya está obrando los milagros
De sanar a los creyentes

Que ponen mano sobre ella
Teniendo fe suficiente.
Y se dice que la Imagen,
Que representa doliente
Al Hijo Crucificado
Resulta más imponente
Por lo negro de su talla
Que por su poder latente.

Cuantos conocen la nueva
Van acudiendo en tropeles
A la ermita donde dicen
Que está ese Cristo indulgente.
El sacerdote y los nobles
Que a su custodia lo tienen
Se asustan cuando a la ermita
La tumultuosa plebe
Llega para ver al Cristo
Y que sus vidas conserve
Poniendo sobre Él sus manos;
Pues creen maliciosamente
Que el derecho a ser sanados
Sólo es de ellos y su gente.
Y cuando es noche cerrada
Los que ellos creen conveniente
En la ermita se reúnen
Y todos tocan al Cristo
Por librarse de la peste.
Después corren a esconderlo
Donde ya nadie lo encuentre
Y dejan a los vecinos
Entregados a su suerte.

Mas la justicia de Dios
Ha de mostrarse patente
Castigando el egoísmo
Y salvando al inocente:
Los que tocaron la Imagen
Sólo enfermedad y muerte
Encontraron por tal hecho
Y el resto de los creyentes,
Al vencerse la epidemia,
Fueron sanos para siempre.
Nadie supo donde el Cristo
Se escondió secretamente
Pues cuantos de ello sabían
Perecieron justamente.

Con el correr de los siglos

Una leyenda atrayente
Se fue forjando en la villa
Con estos antecedentes:
El Cristo Negro fue envuelto
En un misterio creciente.
Y muchos años después,
Acaso por accidente,
Cuando apareció la Imagen
Sin que así se pretendiese,
Se pensó que por milagro
Cristo se hacía presente.
Pero quien hizo el hallazgo,
Quizás atinadamente,
Antes de poner la mano
Sobre el Cristo, sabiamente
Cubrió sus dedos con paños
Tratando de protegerse
De los poderes divinos
Que aquella Imagen encierre.
Y aún hoy se da por cierto
Que quien sus manos ofrece
Para cuidar de este Cristo,
Cuando lo toca las tiene
Protegidas con sus guantes
Buscando así precaverse
De los males que se cuenta
Que al que lo toca acontecen.

Puede ser fascinación
O fantasía latente
En la memoria del pueblo;
Pero… ¿Va alguien a atreverse
A tocar al Cristo Negro
Con sus manos limpiamente…?

**Fuente:**
Anónimo popular.

## EL FUERO Y EL PENDÓN

En la primavera del año 1229 de la era de Nuestro Señor Jesucristo, el Monarca leonés Alfonso IX tomó para la cristiandad la villa de Cáceres. Concediole Fuero con declaración de villa de realengo y le hizo otorgamiento del Pendón Real para que como su bandera fuese por la villa tenido en los venideros años.

Casi tres siglos después, la Reina Isabel I de Castilla, por el mundo conocida como "La Católica", cuando visitó la villa en 1477, junto a la llamada "Puerta Nueva" a la entrada a la ciudad, juró ante su Corte y los principales del Concejo, mantener y aumentar los privilegios que por el Fuero le otorgara el mencionado Rey de León.

En torno a este hecho se cuenta cómo la Reina remendó y bordó el Pendón y el origen de la tradición por la que el Concejal más joven de la Corporación, desde el balcón de las Casas Consistoriales, ondea el Pendón el día que se conmemora la victoria sobre los almohades que desde entonces es el del Santo Patrón de la Ciudad, el Señor San Jorge.

Se cuenta por esta villa
Que fue en tiempos muy antiguos,
Pues pasaba su mitad
El siglo decimoquinto,
Cuando se tuvo el honor
De dar por bien recibido
Al séquito de la Reina.

Con el pueblo por testigo,
Los principales señores
Regentes del Municipio
Dispensan la bienvenida
A cortejo tan nutrido
Y frente a la Puerta Nueva,
Antes de entrar al recinto
Que la cerca delimita,
Genuflexos y sumisos
De la Católica Reina
Rinden tributo al prestigio.

A tan sincero respeto
Y tan leal compromiso
Responde su Majestad
Mandando traer el libro
Del Fuero que dio a la villa
Yendo ya para tres siglos,
Don Alfonso de León.

Como mandado, se hizo
Y cuando ante sí lo tuvo,
Con el sello de su anillo

Su real marca grabó
En la página de inicio
Y con gran solemnidad
Allí juramento hizo
De sancionar y aumentar
Del Fuero su contenido,
Y por siempre con la villa
Adquiría el compromiso
De nombrarla de realengo,
Quedando su municipio
Con libre jurisdicción
En su gobierno y servicio.

Y tras jurarlo ordenó
Que se cumpliese lo dicho.

Después de este juramento
Con el trámite cumplido,
El más joven caballero
De los ilustres reunidos
Con la fuerza suficiente
Para extenderlo y abrirlo,
Hizo ondear el Pendón
Que en la villa se ha tenido
Por su bandera de honor
Y símbolo más querido
Desde que el Rey de León
Al Islam hubo vencido.

Con su aguda perspicacia
Y su acertado buen tino,
La reina se percató
De que aquel joven fornido
Con tan vigoroso empuje
Como con tan poco mimo,
Zarandeaba el Pendón,
Ya de por sí descosido,
Que temiendo lo peor,
Con un gesto persuasivo
Ordenole moderar
Su arrebatado ejercicio.

Una vez aposentada,
Tras el reposo preciso,
Orden dio que a su presencia
El Pendón fuese traído.
También ordenó traer
Sedas, brocados e hilo
Para de su propia mano

Componer con buen zurcido
Los defectos de la pieza,
Bordando, como añadido,
Junto al rampante león,
Un almenado castillo.

Desde aquella insigne fecha
Juntos los dichos motivos
El escudo de la villa
De tal guisa han definido.
Y aquella composición
De final tan atractivo
Que su Majestad bordara
Sobre el bermejo tejido,
Dicen doctos de la historia
Que vino a ser el principio
De emblemas y de blasones
Que se unieron al destino
De los castellanos reinos
Y leoneses señoríos.
Así la Reina Isabel,
Por un Pendón descosido,
Grabó un antes y un después
En la historia de este sitio
Como Cáceres nombrado
Por los siglos de los siglos.

---==oOo==---

Fuente:
"Cien personajes cacereños de todos los tiempos"
Editado por: Corporación de Medios de Extremadura S. A.
Textos de: José Miguel de Mayoralgo y Antonio Bueno Flores

## ROMANDE DE GÓMEZ SOLÍS

En el que se narra lo acontecido en la Plaza Mayor de Madrid y que dio lugar a la aparición del primer torero cacereño que, con el tiempo y sus merecimientos, llegó a ser Gran Maestre de la todopoderosa Orden de Alcántara.

En la villa de Madrid
Grande fiesta se prepara,
Que hasta ella se ha llegado
Su Majestad el Monarca.
El IV de los Enriques
De la estirpe de Trastámara
Con esplendor y boato
Por la villa se desplaza
Por que sus gentes le otorguen
Parabienes y alabanzas.
Y, correspondiendo al pueblo,
De su largueza hace gala
Y organiza fiestas, juegos
Y mil diversiones varias.

Una de las atracciones
Que al vulgo más le solaza
Es el alanceo de toros
Que se sueltan en la Plaza,
Que es la Mayor de la villa
Y al efecto se engalana
Con profusión de banderas,
Gallardetes en las lanzas
Y cintas de colorines
Luciendo en las alabardas
Que con firme mano tienen
Los soldados de la Guardia.
Pendones y reposteros
En balcones y ventanas
Dando fe de la nobleza
De quien vive en cada casa.

Talanqueras de madera
Sobre el piso de la plaza
Se instalan para que el vulgo
A su través entre y salga
Provocando a los astados
Al revuelo de sus capas
Si algún caballero cae
O algún percance le pasa.

Pues los nobles ejecutan
Ecuestres pasos de danza
A lomos de sus corceles
Al tiempo que con sus lanzas
Acometen a los toros,
Y esquivando las cornadas,
Con monta de habilidad
Sobre la fiera las clavan.

Gran regocijo supone
Para la plebe que salgan
Indemnes los caballeros,
Mas si alguna costalada
Sufre alguno contra el suelo
No es baladí la algarada
Que entre burlas y rechiflas
A la plebe se le escapa.
Atento a lo que se lidia
Un joven de buena casa
Nombrado Gómez Solís
No está lejos del Monarca;
Fernán Álvar de Toledo
Que cerca de Tornavacas
Gobierna en el Señorío
De Oropesa y su Campana
Es el mentor de este joven.
Y lo ha llevado a la Madrid,
Así por tener compaña,
Como que conozca al Rey,
A la corte y a su casa.

Cuando la fortuna quiere,
Un ahijado del Monarca
Se enfrenta con un morlaco
De aparatosa prestancia,
Con terrible cornamenta
Y bravura demostrada.
Al salirse de un embroque
Su montura es alcanzada
Resultando malherida
Por la certera cornada,
Dando en tierra el caballero
Que al piso cae de espaldas.

Quizás más tarde en pensarse
Que en hacerse. Con audacia,
Salvando la barandilla,
El joven del palco salta
Y con firmeza ventea

Ante el animal su capa
Y así logra su atención
Y así logra la escapada
Del caballero abatido
Que pronto refugio halla.
A partir de ese momento,
La res al verse burlada
Acomete al buen Solís
De una forma reiterada;
Pero cada acometida
Del bravo toro es fallada.
Con limpieza y donosura,
Con agilidad y gracia,
El galán hurta su cuerpo
A la cornamenta ancha
Y manejando el engaño
Con intuición no estudiada
Logra que cada embestida
Vaya siendo más menguada.
Y cuando el toro ya tiene
Sus fuerzas más bien escasas
Solís se planta ante él
Y desenvaina su espada.
En su postrera embestida
El toro su mole lanza;
Pero no es humano cuerpo
Lo que encuentra su cornada,
Sino dos palmos de acero
De dureza bien templada,
Pues desplazándose a un lado,
Al otro extiende su capa
Y ya próximo a la fiera
De una certera estocada.
Al toro hiere de muerte.

El animal muge y brama
Ya sin poder revolverse,
Pues la vida se le escapa.
Y cuando ya muerta es
La fiera dobla sus patas.
El pueblo regocijado
Entre vítores aclama
Al torero que saluda
Y con aplausos regala
Un especial homenaje
A faena tan galana.

También impresiona al Rey
El valor y la elegancia

Con que Gómez de Solís
No sólo a su ahijado salva,
Sino que además ofrece
Una innovación que encanta
A la plebe y a él mismo,
Al burlar con una capa
A una fiera semejante
Y abatirla con la espada,
Lo que conlleva más riesgo
Que hacerlo con una lanza
Y cabalgando un corcel
Protegido con gualdrapa.
Lo cual sin duda supone
Mucho más completa hazaña.

Pronto Gómez de Solís
Es llevado ante el Monarca
Quien no sólo le saluda,
También cálido lo abraza
Y por salvar a su ahijado
Le otorga efusivas gracias.
Y no se quedan ahí
Los gestos y las palabras,
Pues manda tomar razón
Para que quede en su casa
Como protegido suyo
Joven tan de buena casta.

Con el correr de los tiempos,
Tanto acrecienta su fama
Como la estima que el Rey,
Por notables hechos de armas,
Le profesa y le dispensa
Y hasta tal punto le alcanza
Que cuando queda vacante
El Gran Maestrazgo de Alcántara
Con tal honor le distingue
Y a tal dignidad lo ensalza.

Así, un simple fidalgo,
Más bien de nobleza escasa,
Tanto por lidiar los toros
Con gallardía y prestancia,
Como por servir al Rey,
Con arrojo en las batallas,
Se convierte en Gran Maestre,
Con fortuna bien ganada,
De la Orden de más mérito,
Más riqueza y más prosapia.

**Fuente:**
Carlos J. Rodríguez Casillas. “D. Alonso de Monroy.
Maestre de Alcántara y Señor de la Guerra”

## LA VIRGEN DE LA ESTRELLA

Los enfrentamientos entre familias, entre la nobleza y el Rey y entre diversas facciones ciudadanas fueron harto frecuentes hasta bien entrada la Edad Media. No tan asiduos fueron los que pusieron de manifiesto disensiones entre los poderes civil y religioso. Aquí se narra uno de ellos en el que cada parte utilizó los medios a su alcance para intentar demostrar su razón.

Corre el Siglo Dieciocho
Y sobre la Puerta Nueva,
Por la parte del Adarve,
Figura en una cartela
Pintura ya muy ajada
De la Virgen de la Estrella.
Por mantener el decoro
De tan magnífica puerta
El Prelado, Sancho Antonio
De Velunza y de Corcuera
Ordena que un escultor
Talle una Imagen de piedra
Que a la Virgen represente.
Cuando ya la tiene hecha,
Sin pedir al Consistorio
La necesaria licencia,
Ordena que se derribe
Por resultar muy pequeña
La hornacina que en el muro
Sobre la arcada se eleva.
Enmarcando la pintura
De la Virgen de la Estrella.

Quiere la casualidad
Que por esas mismas fechas
El Conde de la Enjarada
Quiere derribar la puerta
Para hacer fácil el paso,
Que aunque carros y carretas
No tienen inconvenientes,
Sí que plantea problemas
El que coches de caballos
Pasen a través de ella
Para llegar a su casa
Haciendo el giro a la izquierda.

Y así encarga otro trazado
Al Maestro Churriguera.

No sentó bien al Obispo
Semejante providencia
Y que su Virgen quedara
Sin llegar a ser expuesta
Por las obras que el Concejo
Llevar a cabo quisiera
Satisfaciendo así al Conde
Sin a él tenerle en cuenta.
Por ello se inicia un pleito
De no muy buenas maneras
Entre Obispo y Consistorio.
Si sus principios no llegan
A tildarse de cordiales
La resolución dispuesta
Enardece de tal modo
Al Prelado y su defensa
Que pena de excomunión
Contra todo el que intervenga
En la obra que se traen
Sin pensárselo decreta.
Regidor, Corregidor,
El Maestro Churriguera,
El Conde de la Enjarada
Y cuantos obreros puedan
Poner mano en el derribo
Acusados de anatema
Son por haberse hecho
Acreedores a tal pena;
Pues considera el Obispo
Que a Dios mismo han hecho ofensa
Al despreciar a la Virgen
Que él ha dejado dispuesta.

Ya culminada la obra
De la dicha Puerta Nueva
Con el arco en esviaje
Y de una hechura tan buena,
Es rematada su altura
Con otra Virgen de piedra
Que se labra en Salamanca
Y que encarga a sus expensas
El Señor de Carvajal,
Siendo su peana impresa
Con su escudo familiar
Recordando la ocurrencia
Del propio Don Bernardino,

Y que así, su descendencia,
Mantenga vivo el recuerdo
Para su memoria eterna.

Al cabo el Sr. Obispo
Ordena se deje puesta
La Virgen por él mandada
En el Convento que fuera
Nombrado de San Francisco
Para que la gente pueda
Rendir culto y oración
Ante una  Imagen tan bella.

Con los años, el Concejo,
Mandó que esta Virgen hecha
Por el Obispo Velunza
Fuese trasladada y puesta
En el común Cementerio
Donde aún hoy se encuentra,
En la Capilla que hay
Justo enfrente de su puerta.

**Fuente:**
"Cien personajes cacereños de todos los tiempos"
Editado por: Corporación de Medios de Extremadura S. A.
Textos de: José Miguel de Mayoralgo y Antonio Bueno Flores

## EL JARDÍN DE DOÑA CRISTINA DE ULLOA

**La Historia.-**

En el entorno medieval de la ciudad de Cáceres surge este jardín, relativamente moderno; pues es construido en los primeros años sesenta del pasado S. XX sobre un proyecto del arquitecto municipal D. José Luis Hernández.

Su denominación obedece al homenaje que los compañeros de Corporación quisieron rendir a la esposa del entonces Alcalde de Cáceres, D. Alfonso Díaz de Bustamante y Quijano, Doña Cristina de Ulloa, fallecida en 1962 en un trágico accidente de tráfico.

Sobre el proyecto inicial, se han llevado a cabo sucesivas reformas y obras de acondicionamiento, en 1977 y en 1981, habiéndose procedido, en 1995, a la instalación de un cerramiento, a base hierro forjado, de algunos espacios de la Plaza de San Jorge que también afectaron al propio jardín

El hecho de estar adosado al antiguo convento de la Compañía de Jesús, desde el que se dispone de acceso directo al jardín, así como la disposición se sus parterres y la sencilla fuente con una suerte de atril sosteniendo un libro, han conformado un espacio que sugiere intimidad, nostalgia y una cierta melancolía.

Es muy posible que, adosado al Convento, existiera un huerto o jardín y que éste se ubicara en la cara norte del edificio, al ser el lugar más húmedo y fresco y, por tanto, más conveniente para los cultivos, precisamente donde está el actual.

Quizás haya sido esta conjunción de circunstancias lo que haya dado lugar a la aparición entre los cacereños de una leyenda en torno a otra Doña Cristina de Ulloa muy anterior a la propia existencia del jardín tal como lo conocemos.

Pero a la imaginación… ¿Quién le pone límites…?

**La Leyenda.-**

Doña Cristina de Ulloa y Carvajal vivió en esta noble villa de Cáceres entre 1732 y 1755. Fue una joven de gran belleza y grácil figura a la que, como era costumbre en la época, su padre prometió en matrimonio a un caballero de noble familia, de gran fortuna y bastantes años de edad.

Pero Doña Cristina, que solía deleitarse en largos paseos a caballo por las afueras de la villa, había conocido a un joven caballerizo, siervo de la casa, de quien se había enamorado tan perdidamente como el joven de ella.

A sabiendas de que tal relación era imposible; pero con la audacia y la inconsciencia de los pocos años, con el fin de unir sus almas, también dieron en fundir sus cuerpos en la mágica conjunción que sólo el amor puede proporcionar.

Cuando la joven conoció al anciano al que su padre la había prometido en matrimonio, a pesar de sus riquezas y de la vida muelle que podría proporcionarle, Doña Cristina decidió que no uniría su destino al de aquel caballero y, puesta de acuerdo con su joven enamorado, emprendieron la huida con destino a donde quiera que la fortuna los llevase para vivir plenamente su amor sin lazos ni ataduras de familias o apellidos.

Pero el padre, advertido de la acción, mandó capturarlos y prender y apalear al osado siervo, reduciéndolo a prisión.

En cuanto a su hija, la recluyó de por vida en el convento recién abierto en la villa por la Compañía de Jesús, donde su vida transcurriría entre su celda y el recoleto jardín adosado al edificio, donde la pobre Doña Cristina, con la sola diversión de lecturas pías, fue languideciendo y consumiéndose en su tristeza. En poco menos de un año, su belleza se marchitó con el progresivo enflaquecimiento de su persona, el decaimiento de todas sus ilusiones y su desinterés por la vida, de forma que su alma pasó a rendir cuentas al Altísimo, dejando su cuerpo sobre el pétreo atril que adorna la fuente del jardín al que, a raíz de estos tristes sucesos, el pueblo, con su natural sabiduría, ha dado en conocer por el nombre de la joven, cantándose y contándose los hechos en romance de juglar…

**El Romance.-**

De amoríos desdichados
No se acaba si se cuenta
Y esta historia que se narra,
Aunque digan que es leyenda,
Por lo que en ella acontece
Bien que pudiera ser cierta.

Doña Cristina de Ulloa
Fue una joven cacereña,
Descendiente de una estirpe
De abolengo y de nobleza,
De títulos, señoríos,
De honores y de grandezas.
De los hechos de sus gentes
Las crónicas están llenas
Y no son pocos los nombres
Que lucen por estas tierras
Recordando posesiones,
Heroísmos y proezas
De los que alguno de ellos
El protagonista fuera.

Cuentan que Doña Cristina,
Que a su juventud unía
Un rostro de gran belleza,
Arrebatadores ojos

Y dorada cabellera,
Con una grácil figura
Estilizada y esbelta.
Modales tan exquisitos,
Con tan natural modestia,
Cortesía no forzada
Con sonrisa siempre presta
Y tan ingenuo encanto
Con actitudes traviesas
Adornaban su persona,
Tal que su trato con ella
Harto fácil resultaba.
Y así, por ello, cualquiera
Que tenía la fortuna
De llegar a conocerla
Prendado al punto quedaba
De criatura tan perfecta.

Su Señor padre cuidaba
Con esmero y con sapiencia
Los encantos de su hija,
Preceptores y sirvientas
La educaban y atendían
Esperando con paciencia
A que llegase el momento
De que quien la pretendiera
En rentable matrimonio
De su padre la obtuviera.

Pero el juguetón destino
Quiso que una primavera
Doña Cristina entregara
Su corazón sin reservas;
Mas con tan escaso acierto
Que aquel a quien se lo diera
Carecía de fortuna
De linaje y de nobleza;
Pues simple caballerizo
De la casa siervo era.
Mas también el joven fue
Herido por la saeta
Que Cupido le lanzara
De forma que sucumbiera
Al hechizo y al encanto
Y al amor de la doncella.
Pero ambos bien se sabían
Que su amor era quimera,
Que jamás superarían
Dificultad tan tremenda;

Pues si el amor los unía
Era más la diferencia
Que separaba sus vidas;
Mas la lógica inconsciencia
Hija de su juventud
Los llevó a la mutua entrega
Y para fundir sus almas,
Sin atisbo de prudencia,
También fundieron sus cuerpos
En mágica confluencia.

Mas como era previsible
No fue su dicha completa;
Pues un mal día su padre
De entre las muchas propuestas
Que venía recibiendo,
Todas de mucha solvencia
Por desposar a Cristina,
Se decidió a hacer entrega
De su hija a un caballero
De reconocido emblema,
Con tantos años de edad
Como linaje y riquezas.

Estando todo dispuesto
Y listas las componendas
Para confirmar el trato
Organizan una fiesta.
A su futuro marido
A la joven le presentan
Y, como era de esperar,
Al conocerlo se aterra
Porque su padre haya hecho
Tan malhadada promesa;
Pues apellidos ilustres
Con una fortuna inmensa
Eran todos los encantos
Que tenía su presencia.
Y méritos semejantes
Doña Cristina desprecia
Ya que en el amor sincero
Es más firme su creencia
Que en el que pueda surgir
Al compartir la existencia
Con una persona extraña,
Por más dinero que tenga,
Y por más comodidades
Que su posición te ofrezca,
Tal como dice su padre

Que tal dice la experiencia.

Al poco, Doña Cristina,
Así que toma conciencia
De lo que puede pasar
Y la vida que le espera
Decide que con su amado
Ha de abandonar su hacienda.
Y con el caballerizo
Se pone en común y acuerdan
Escapar y unir sus vidas
Donde la fortuna incierta
Pudiera hacerlos llegar
Con su amor como bandera,
Sin trabas ni condiciones
Por apellidos impuestas.

Pero el padre fue alertado,
Tan pronto como se entera
De que el honor de su casa
Así mancillado era,
Impartió tajante orden
Para que el criado fuera
Prendido y apaleado
Y encerrado por la fuerza
En la más negra prisión
Con grilletes y cadenas.
Y el destino de su hija
De semejante manera
Quiso sellar para siempre
Y ordenó que fuese interna
De por vida en el convento
Que hacía escasas fechas
Instalaran en la villa,
Después de mucha insistencia,
Los Hermanos Jesuitas
Con las donaciones hechas
Por Don Francisco de Vargas
Que, siendo de edad provecta,
Cesión hizo de sus bienes
A la Orden en herencia.

Doña Cristina quedó
Entre aquellos muros presa
Y cada día pasaba
Entre el jardín y su celda.
Y así fue languideciendo
Y hundiéndose en su tristeza
Entregada a la lectura

Y añorando las promesas
Que de amor sin condiciones
Ella y su amado se hicieran.

En poco menos de un año
Su figura tan esbelta,
Su rostro tan agraciado
Y su rubia cabellera
Fueron perdiendo su encanto
Y toda la gentileza
Que adornaba su persona
Se consumió cual pavesas
Del fuego de la pasión
Que en su pecho un día ardiera.

**El Romance**.- (Versión reducida)

Doña Cristina de Ulloa
Fue una joven cacereña,
Descendiente de una estirpe
De abolengo y de nobleza.

Su Señor padre cuidaba
Con esmero y con sapiencia
Los encantos de su hija.
Preceptores y sirvientas
La educaban y atendían
Esperando con paciencia
A que llegase el momento
De que quien la pretendiera
En rentable matrimonio
De su padre la obtuviera.

Pero el incierto destino,
Que así con las almas juega,
Quiso que Doña Cristina
Se entregase sin reservas
A los brazos de un criado
También prendado de ella.
Y así los unió el amor
Que la lógica inconsciencia,
Hija de su juventud,
Los llevó a la mutua entrega
Y para fundir sus almas,
Sin atisbo de prudencia,
También fundieron sus cuerpos
En mágica confluencia.

Mas como era previsible
No fue su dicha completa;
Pues un mal día su padre
De entre las muchas propuestas
Que venía recibiendo,
Todas de mucha solvencia,
Por desposar a Cristina,
Se decidió a hacer entrega
De su hija a un caballero
De reconocido emblema,
Con tantos años de edad
Como linaje y riquezas.

Viendo ante sí tal futuro,
Doña Cristina se aterra
Y decide con su amado
Escaparse de su hacienda
Y lograr unir sus vidas
Donde la fortuna incierta
Pudiera hacerlos llegar
Con su amor como bandera.

Pero el padre fue alertado,
Tan pronto como se entera
Impartió tajante orden
Para que el criado fuera
Prendido y apaleado
Y el destino de su hija
De semejante manera
Quiso sellar para siempre
Y ordenó que fuese interna
De por vida en un convento.
Y entre aquellos muros presa
Se pasaba cada día
Entre el jardín y su celda.
Y así fue languideciendo
Y hundiéndose en su tristeza
Entregada a la lectura
Y añorando las promesas
Que de amor sin condiciones
Ella y su amado se hicieran.

En poco menos de un año
Su figura tan esbelta,
Su rostro tan agraciado
Y su rubia cabellera
Fueron perdiendo su encanto
Y toda la gentileza

Que adornaba su persona
Se consumió cual pavesas
Del fuego de la pasión
Que en su pecho un día ardiera.

**Fuente:**

Anónimo popular

## El aljibe del palacio de los Becerra

Hacia poco más de la mitad del S. XV, era Don Diego García de Becerra el Señor del Mayorazgo de esta importante familia cacereña y, ostentando el cargo de Comendador de la Orden de Santiago, fue requerido por el Maestre de la misma para participar en la incursión que preparaban las huestes cristianas sobre la Axarquía andalusí.

Por aquellas fechas, andaría por los doce o catorce años de edad un muchacho al que Don Diego había prohijado y al que en su propia casa tenía a su cuidado y custodia; pues habiendo nacido de una doncella de la casa que falleció en el parto, presentaba un cierto retraso en su desarrollo. Pero era de natural tan bondadoso, tan afable y de tal ternura en sus gestos y comportamientos que Don Diego hizo promesa de dispensarle los cuidados necesarios y que nada le faltase.

Estas razones hicieron dudar a Don Diego sobre si comparecer o no en la incursión a la Axarquía que se preparaba, decidiendo a la postre que no sería despreciable un abundante botín, así como ganar enteros en la estima del Maestre santiaguista y allá que marchó a la bélica aventura.

De sobra conocido es que el resultado de aquella batalla no pudo ser más nefasto, ya que los moriscos abandonaron campos, villas y aldeas y retirándose a lugares estratégicos, tendieron una emboscada a las huestes cristianas que sufrieron la más vergonzosa derrota y la subsiguiente más espantosa matanza.

Allí perdió la vida Don Diego García de Becerra y de resultas de ello, quedó el pobre Marcelo a merced del trato que buenas o malas gentes quisieran dispensarle en lo venidero.

Años después de estos acontecimientos, un juglar dio en componer un romance para cantar o narrar, según el gusto de cada quien, en el que se da cuenta de las cuitas del joven Marcelo y que diera origen a la costumbre de arrojar una moneda al aljibe de la Casa-Palacio de los Becerra.

Por las calles de la villa
Andaba el pobre Marcelo
Una vez que hubo perdido
De su señor los desvelos.
Corría de parte a parte
Cual sin orden ni concierto,
Como sin saber qué hacía
Ni qué se había propuesto.
A veces algún recado
Le encargaban en la casa
Y él siempre estaba presto
Para siempre sonriente
Darle eficaz cumplimiento.
En la villa le querían
Así niños que mancebos
Y así mujeres que hombres
Fuesen nobles o plebeyos;

Pues con todos era amable,
Para todos era tierno
Y en cuidarle y protegerle
Estaban todos de acuerdo.

Mas como todas las reglas,
Esta que ahora les cuento
También tuvo su excepción
Y un grupo sin sentimientos
De truhanes sin vergüenza
Que siempre andaban dispuestos
A jolgorios, aventuras
Riñas y avasallamientos,
Dieron en llevar consigo
A un mal establecimiento
Donde jugaban a naipes
Por las tardes a Marcelo.
Para burlarse de él
Le ofrecían dos dineros:
Una moneda de a cinco,
Grande, mas de poco peso
Y otra de a diez, más pequeña
Pero más valiosa y luego
Invitaban al muchacho
A que entrase en aquel juego
Y que eligiese una de ellas.
Con algunos aspavientos
Como de gran regocijo
Y con ampulosos gestos
El muchacho les decía:
- *"Es la grande la que quiero"* –
Los truhanes se reían
De que su poco talento
No le dejara entender
Que la grande vale menos
Y festejaban su chanza
Jactándose de su ingenio.
Y así un día tras otro
Se burlaban de Marcelo
Que con su moneda grande
Se marchaba tan contento.

Una tarde fue testigo
De la chanza un forastero
Y no le gustó la broma
De que al chico hacían objeto
Y al salir de la taberna,
Mientras se reían dentro,
Quiso ayudar al muchacho

Poniendo de manifiesto
Que la moneda más grande
Es de valor más pequeño.
- *"Ya lo sé, señor"* – Repuso
Un sonriente Marcelo.
- *"Mas si elijo la pequeña*
*Habrá se acabado el juego,*
*Ellos dejan de reír*
*Y yo sin moneda quedo"* -
Y el hombre se fue pensando
Como para sus adentros
Que una importante lección
Aquel día fue aprendiendo.

Como quiera que la broma
Se prolongaba en el tiempo,
A la casa fue llevándose
El muchacho sus dineros
Y por tenerlos seguros
Los escondía en secreto
Tirándolos al aljibe
Y recogía de dentro
Lo que creía preciso
Y así, en cada momento,
Pudo darse sus caprichos
Y cumplirse sus deseos.

Por eso a fecha de hoy,
Y porque esto no es un cuento,
Quien al aljibe que tiene
Este palacio en su seno
Arroja alguna moneda,
Como el bueno de Marcelo
Podrá darse sus caprichos
Y cumplirse sus deseos.
Y mucho más si conoce
Que en estos últimos tiempos
Las monedas que se arrojen
Con este fin manifiesto
Se recogen y se entregan,
Por haberlo así dispuesto
Quienes ahora regentan
Este palacio tan bello
A fines caritativos,
Para que con buen acierto
Cubran las necesidades
De aquellos que tienen menos.

---==oOo==---

**Fuente:**
Anónimo popular

## LA MONEDA DE ORO

Si el tesón de los hombres se complementa con alguna ayuda del Señor, se pueden conseguir metas que pueden parecer inalcanzables y se da lugar a que algunos hombres y lugares queden para siempre en la memoria y alcancen la gloria de no ser olvidados. En este romance se narra cómo alcanzan tal estado el señor Don Diego García de Ulloa y el Convento de San Francisco que se levantó en las afueras de la villa de Cáceres junto al Arroyo de la Madre o Ribera de la Fuente del Marco.

El año setenta y uno
Del siglo décimo quinto
Desde que viera la luz
Nuestro Señor Jesucristo,
Con otros dos franciscanos
Y guiado por Dios mismo
Llega a Cáceres un fraile
De Ferrer como apellido
Y Fray Pedro como nombre
A obtener los donativos
Necesarios y fundar
En este piadoso sitio
Un convento de su Orden,
Que tiene como objetivo
Extender por las Españas
Su regla y sus cometidos.

Mas no obtiene del Concejo
Ni terrenos ni permiso
Donde poder construir
Dependencias y edificios
Que dieran vida al convento
Y a todo cuanto es preciso
Para que su Orden cumpla
Sus fines caritativos.
Pues el Fuero de la Villa
Señala como prohibido
Que se instalen en sus predios
Así monjes que mendigos.

Pensando ya en su fracaso
Y tras dos meses perdidos,
Para abandonar la villa
Ya se ponen en camino;

Mas por no acabar sus males
El pequeño borriquillo
Que carga con sus enseres
Muy escasos y sencillos,
Se queda sin herraduras
Y es caminar un suplicio.

Quiere la casualidad
Que por el mismo camino
Saliese de la ciudad
Con séquito colorido
Don Diego García de Ulloa
A quien apodan “El Rico”
Y así que toman contacto
El monje con el patricio
Dice el franciscano al prócer
Con sumisión y buen tino:
- *¿Acaso, señor, podéis*
*Mirar en vuestro bolsillo*
*Y la moneda que halléis*
*Encuentre su cometido*
*Satisfaciendo al herrero*
*Que hierre nuestro pollino?* -
Queda Don Diego perplejo,
Mira al monje de hito en hito
Y con claridad responde:
- *¡Siento no poder serviros,*
*Pero cuando salgo al campo*
*Ando de dineros limpio*
*Y faltriqueras y bolsos*
*Los llevo siempre vacíos!* –
Pero con esta respuesta
No es el monje convencido
Y así, por segunda vez,
Vuelve a preguntar lo mismo.
Y Don Diego sonriente,
Con talante parecido
Le da la misma respuesta
Por quedar así cumplido.
Mas Fray Pedro es insistente
Y le repite incisivo
Por tercera vez que busque
La moneda en su bolsillo.
El de Ulloa, ya molesto
Y con bastante fastidio
Se busca en la faltriquera
Seguro de no hallar signo
De moneda ni de nada
Que por tal fuera tenido

Y así demostrar al monje
Que un hombre de su prestigio
No se rebaja a mentir
Como cualquier forajido.

Y de repente Don Diego
Parecer quedarse lívido
Pues entre sus dedos hay,
Retando al sol con su brillo,
Una moneda de oro
Que jamás hubo tenido.
Y sólo entonces comprende
Que el autor del tal prodigio
Es Fray Pedro de Ferrer
Y ante los que son testigos
Del milagroso suceso
Promete dejar cumplido
El deseo de los frailes
Y que convento magnífico
Por la villa se levante
En las orillas del río.
Y poco a poco la obra,
En los años sucesivos
Se fue viendo culminada
Gracias a los donativos
De Don Diego, que dispuso
Que en el Templo que se hizo,
Para su memoria eterna
Y de su alma cobijo,
Se levantase capilla
Y que en ella, dejó dicho,
Se diese tierra a su cuerpo,
A los hijos de sus hijos
Y a toda su parentela
En los venideros siglos.

---==OoO==---

**Fuente:**
"Cien personajes cacereños de todos los tiempos"
Editado por: Corporación de Medios de Extremadura S. A.
Textos de: José Miguel de Mayoralgo y Antonio Bueno Flores.

## “PEQUEÑA FLOR DE ALGODÓN”

Es el significado en la lengua Náhuatl del nombre de la Princesa Tecuichpo, hija del “HUEY TLAHTOANI”, o Jefe Supremo, Moctezuma II, que sería conocida por el mundo como Doña Isabel de Moctezuma y que llegaría a ser una de las conexiones más importantes de la entonces villa de Cáceres con el Nuevo Mundo, y que fue el origen de uno de los linajes poseedores de más títulos y más ilustres apellidos: Los Condes de la Enjarada, los Duques de Abrantes y Linares y los Marqueses de Valdefuentes han venido formando parte de esta estirpe cacereña y la ciudad, en recuerdo y honor de tan notable Dama, la ha incorporado a su memoria colectiva dedicando una importante avenida y todo un barrio a su nombre. Hasta es posible que algún Andrade, Cano o Saavedra, que aún viva en la ciudad, sea descendiente directo de la dicha Doña Isabel de Moctezuma.

Como Gran Jefe Supremo
Gobierna el Imperio Azteca
El Segundo Moctezuma,
Desposado con la reina
Nombrada como Tecalco
Y de probada nobleza.
Le rogaron al dios Sol
Que su estirpe mantuviera
En los años venideros
Con notable descendencia.
Y la deidad, generosa,
Concedió lo que pidieran
Trayéndoles una hija
Dotada de gran belleza
Y decidieron nombrarla
Como merece princesa:
Y “Tecuichpo” fue llamada
Por que así la conocieran
Así enemigos que amigos
Del glorioso Imperio Azteca.

Con el correr de los años
Las previsiones que hicieran
Para un futuro de gloria
Del gobernante y sus tierras,
No se pueden ver cumplidas
Y la desgracia se ceba
Con el gran Rey que fallece
En la “Noche Triste” eterna.

Los españoles son dueños

Del que gran Imperio fuera,
Misioneros franciscanos
Acogen a la princesa
Y la educan en la Fe
Que en Jesucristo profesan.
“Tecuichpo” pierde su nombre
Pues la bautiza la Iglesia
Siendo llamada Isabel
Como la Santa que fuera
Madre de Juan el Bautista
Y de la Virgen parienta.

El Poderoso Cortés
Que al monarca prometiera
Ocuparse de su hija
Se encarga de su tutela
Y la entrega en matrimonio,
Dotándola con largueza,
A Don Alonso de Grado,
Nacido en la cacereña
Muy noble villa de Alcántara
Pero que en un año deja
A Doña Isabel viuda
Y de nuevo a sus expensas
La mantiene Hernán Cortés
Que rápidamente queda
Prendido de los encantos
Que a la sazón la princesa,
Ya en edad de merecer,
Con lozanía presenta.
No se sabe si le hizo
De matrimonio promesa,
El caso es que la sedujo
Y el fruto de su apetencia
Se convirtió en una hija
Que a Isabel trajo vergüenza
Y a Cortés precipitó
Para ver la conveniencia
De que un nuevo matrimonio
Librase de su presencia
A la madre y a la hija
Sin dar pie a maledicencias.
Por segunda vez la dota
Con la debida presteza
Y se la da en matrimonio
A quien es “Mozo de Espuelas”,
Pedro Gallego de Andrade,

Y le otorga una encomienda
Para que sin privaciones
Y con dignidad mantenga
El rango que corresponde
A una auténtica princesa.
Juan de Andrade Moctezuma
Hijo que pronto naciera,
El cuidado de su pueblo
Y labores misioneras
Ocuparon de Isabel
El tiempo en aquella época
Que si no fue muy feliz
No le dejó mala huella.
Mas veleidosa fortuna
Y la Parca, siempre atenta,
Se llevaron a Don Pedro
Al reino de las tinieblas.

Quedose Doña Isabel
Una vez más descompuesta,
India, viuda y con hijo
De cuatro años apenas.
No recurre a Hernán Cortés
A solventar su problema
Y para elegir marido
Decide que sólo ella
Tomará la decisión
Que sólo a ella le afecta.
Y el hidalgo cacereño
Don Juan Cano de Saavedra
Que también ve conveniente
Casarse con la heredera
Del gran imperio de Indias
Como su esposa la acepta
Y durante veinte años,
Hasta la muerte de ella,
Fue constante el matrimonio
Y constante la querella
Que con las autoridades
Mantuvieron por la herencia
Del Monarca Moctezuma,
Que asentamientos y tierras
Por su derecho de sangre
Pertenecerle debieran.
Y por dejar a sus hijos
Con la vida bien resuelta
Hasta tres pleitos mantiene

Vistos en la Real Audiencia
De la gran ciudad de México,
Y gran fortuna le allegan
Los dos que puede ganar
Con acopio de paciencia.

Ya fallecida Isabel,
Don Juan Cano de Saavedra
A su Cáceres natal
Sin pensárselo regresa
Y levanta un gran Palacio
Pues son grandes sus riquezas.
Y en vez de adornar su torre
Con almenas y troneras,
Que era la moda de entonces,
Sus alturas redondea
Con cúpula peculiar
Rematada con linterna,
Que la dota de más gracia
Y la hace más esbelta.

El matrimonio ha tenido
Tres varones y dos hembras
Mas sólo el pequeño, Juan,
Que por apellidos lleva
Los de Cano Moctezuma
A las Españas se llega
Acompañando a su padre
Y fija su residencia
En el palacio tan bello
Que su padre construyera.
Con el tiempo se desposa
Con hija de la nobleza:
Doña Elvira de Toledo,
De la saga cacereña
De los llamados Ovando,
Fue la consorte perfecta
Que vino a ser el origen
De otra estirpe de solvencia,
Relevancia aristocrática
Y títulos de solera:
Los Toledo Moctezuma
Como linaje se asientan
Y desde entonces el pueblo
En su memoria conserva
El recuerdo de la Dama
Que tanta gloria le diera.